

VERTICAL

Ángel Martín

Illya destapa su tubo de deshidratante sintético y comprueba que no queda más de una pizca. Calienta la parte inferior del recipiente hasta que el polvo comienza a derretirse en un líquido inodoro e incoloro que alguna vez había ocupado el noventa por ciento del planeta. Pero ahora estaban lejos, muy alto, más de lo que Illya alguna vez imaginó en su vida.

Mientras aguarda que se enfríe el líquido, se acerca lentamente a la ventana en una actitud de expectativa ingenua y no tarda en experimentar el vértigo de una pendiente recta perdiéndose en un abismo de nubes en movimiento continuo. Ignora qué momento del día es, imposible precisarlo en aquella distancia. Su dispositivo temporal se ha dañado semanas atrás y para reemplazarlo debería descender. Se aleja de la ventana. Piensa en descender. Pero ya es tarde. Llevan diez meses ascendiendo, pero a Illya ya le ha parecido toda una vida. Mira a su alrededor; el resto de la habitación solitaria de empapelado blanco donde el único mobiliario es una cama donde un hombre bastante mayor se despereza, desnudo.

Hurgando entre el vello canoso de su pecho, el viejo observa con deleite la frágil figura de Illya mientras se acomodaba sobre el respaldo de la cama. La noche anterior había sufrido una leve taquicardia pero las pastillas estaban a mano y enseguida alcanzó un estado de sopor. Ahora despierta embotado y sintiéndose avergonzado de sí mismo por no haber podido actuar como hubiese deseado. Pero oculta bien profundo esta vergüenza en una mirada penetrante y soberbia, simulacro de seguridad y certezas.

– ¿Todo bien? –Pregunta.

–Sí, señor Totski. –Ella le devuelve una sonrisa compasiva y enseguida cambia de tema. –Hoy tendremos una jornada calurosa de nuevo.

El hombre frunce el ceño un momento.

–Por favor, Illya... No es necesario que me llames “señor Totski”. Después de todo, estamos solos. –El rostro del hombre se ensancha a la vez que ofrece una amplia sonrisa de esmalte artificial. –Me gustaría que me digas Afanasi, que es como me llaman mis amigos íntimos.

Illya escucha las demandas del anciano moviendo sus ojos de un lado a otro por toda la habitación, sin preocuparse en entender una palabra. Más allá, su mirada ahonda en recuerdos intentando recrear el paisaje que permanece ahora sepultado ante aquellas alturas. El cielo es azul marino y la luz del sol llega débil, la metrópolis está en penumbras en pleno mediodía. Pero no hay tiempo para detenerse a curiosear sobre los posibles factores astronómicos o meteorológicos sobre el presente. Los millones de usuarios que se acumulan en las calles se ven obligados a avanzar a los empujones, abriéndose paso hasta los transportes públicos para llegar hasta sus oficinas de irrigación diaria, donde mecanismos nanotecnológicos recolectan la energía neuronal liberada artificialmente, por diversas disciplinas desarrolladas para enfrentar los diferentes metabolismos. Pero la preocupación principal es el incremento demográfico, el cual guarda dos problemas. El principal es el habitacional, la gente se apiñaba en reductos cada vez más estrechos y costosos, apenas el espacio suficiente para acomodar una cama. El otro problema son los desperdicios. Si bien la eliminación por incineradores es la práctica más común, los costes de la operación son elevadísimos y dependen de empresas privadas. Cosechas Monsanto promueve el reciclaje y la reutilización de desperdicios, con costosas campañas propagandísticas y talleres de capacitación de toda clase, que otorgan títulos como Técnico en Decoupage o Analista en papelería reciclada. Las propuestas educativas logran mayor equidad entre los individuos. El desempleo es escaso. Como una fiesta llena de gente, apenas hay lugar para moverse, menos para aburrirse. Pero lo que ocupa el interés general de esta multitud es el deshidratante sintético. El deshidratante sintético es todo lo que justifica aquella estancia apretada en Babel-3. El deshidratante sintético es un producto de Cosechas Monsanto, de adquisición obligatoria para los usuarios del edificio. La vida en el confort tiene de este modo un precio asequible a cualquier individuo de la especie. El resultado es la liberación de energía eléctrica en la región pituitaria, luego recolectada por nanobots diseminados en el deshidratante sintético, que más tarde se eliminan por las heces y son enviados a la Central Energética, también propiedad de Cosechas Monsanto. De esta manera, algo del desperdicio humano es reutilizado. Sin embargo, los desperdicios producidos por el consumo de bienes efímeros constituyen un problema mayor. En una atiborrada metrópolis, lo que más se consume en estos días son stickers para montar en dispositivos celulares. De interfaz dinámica, cambian de formas y colores, y habilitan otros usos de los dispositivos. Lamentablemente, su consumo energético es

alto y no pueden volver a cargarse. Pero el costo de producción es bajísimo. Así que constituye una empresa viable, con grandes ganancias y sólo el desperdicio de materiales sintéticos. Los envoltorios y los stickers gastados se amontonan en los cestos públicos, llenaban volquetes y canastos de basura de edificios enteros. El servicio de recolección de residuos funciona una vez a la semana. El camión se abre paso entre la multitud a paso de tortuga. Lo hacen de madrugada porque hay pocos transeúntes, pero las calles estaban siempre atestadas de empleados yendo o viniendo. Todos obstáculos para alcanzar la basura.

Si pudiésemos colocarnos en una perspectiva diferente, tal vez tumbados al suelo, con los brazos y los pies extendidos, la cabeza tocando el piso y la mirada enfocada hacia el cielo, el nuevo edificio de viviendas Babel–3 parecería un camino de sólido hormigón directo al cielo emergiendo de estos ríos de envoltorios plásticos producidos por la urbe. Una construcción colosal. La fortaleza de una humanidad en evolución constante y orgullosa.

En vehículo se tardarían siete días en cruzarlo, pero hasta el momento nadie había realizado una hazaña tan innecesaria. Además, como el edificio se alza en vertical, en realidad se tarda un mes y medio en subir de su base a su cima, si uno se limita al uso de ascensores. Pero pocas personas utilizan los ascensores, porque constantemente están atiborrados de herramientas y ladrillos para su uso en la cima. Es el medio más sencillo. Si lo hiciesen desde el exterior, las ráfagas de viento apenas ascendidos los primeros diez kilómetros dificultarían el ascenso así como podrían producir accidentes. Aún así, transcurren tres meses entre el día en que se cargan los materiales en los ascensores y el día en llegan a manos de los albañiles que continúan la construcción en la cima.

La alarma despertador comienza a sonar en el pasillo. Como si no la hubiera oído un millón de veces ya, Totski sacude su cabeza, desconcertado por el sonido pero aprovechando para observar el cuerpo delicado de Illya acabando las últimas gotas de su deshidratante sintético. Acto seguido, la muchacha se coloca su negro uniforme de látex con sendas líneas anaranjadas bajando desde su cuello hasta sus puños.

–Hasta luego. –Dice ella al viejo, mientras desliza el cierre de su uniforme hacia arriba primero, y a los costados luego.

Deposita el tubo vacío en el suelo en el silencio del cuarto donde sólo se oye la alarma y la respiración pedregosa de Totski. Es una mole redonda y fofa, de brazos

y muslos como toneles fláccidos, con manchones y varices. Su inescrupulosa habilidad en manipulación social y su aspecto forzudo lo han colocado en uno de los altos puestos de Babel–3. Da las instrucciones a la cuadrilla de excavación comandada por Illya. Precisamente por ello, no se inmuta ni tiene prisa alguna.

*

Illya pasó toda la vida en un Campamento Minero y todo lo que sabe de la metrópolis lo recibió a distancia por distintos dispositivos virtuales. Desde luego, todos los equipos proceden de la metrópolis misma, con sus logotipos característicos. Herramientas cognoscitivas implantadas durante la infancia para acelerar la asimilación del mundo a su alrededor y procurar un oficio adecuado. Illya ocupa uno de los puestos de Ingeniería Civil en su cuadrilla, y se siente incómoda en compañía de aquellos desconocidos. Los convocan especialmente de diferentes Campamentos Mineros, de los cuales ya no quedan muchos tras el incidente de la Gran Fractura.

Como Illya, ninguno de los del grupo estuvo jamás en la metrópolis y mucho menos imaginaban contemplar la magnitud de una construcción como la de viviendas Babel–3. Desde luego, el edificio se hace visible cuando todavía se encuentran a muchísimos kilómetros de distancia; una delgada línea vertical como una hebra de hilo, oscilando en el caluroso aire, ascendiendo de los metales y el concreto que era la misma metrópolis. Cuando se acercan, los metales se convierten en espesas e impenetrables murallas de seguridad, pero la vista de todos permanece fija en el edificio. Cuando por fin se cansan de observar y pueden contemplar su entorno, notan las huellas que aquella edificación causó en el exterior de la ciudad; los ríos, ahora encauzados, corren por un lecho ancho y hundido, excavado para la obtención de arcilla y posterior producción de ladrillos. En dirección sur puede verse una extensa hilera de hornos apagados, uno tras otro. La voz nerviosa de uno de los miembros del grupo a su lado interrumpe las observaciones de Illya.

– ¿Tenemos… tenemos que subir… hasta allá?

Illya miró al anciano con una sonrisa amable, pensando en qué decir para calmarlo. Su poco cabello cano creciendo alrededor de su nuca daba un contraste preocupante al rojo que había tomado todo su cráneo. Inspiraba profusamente para tomar aire y, aflojándose el nudo de su corbata, dejó caer su tarjeta de operario. Illya la levantó y dio una mirada furtiva antes de devolvérselo a su dueño.

–Gracias… señorita. –Dijo el hombre recibiendo la tarjeta y volviendo a colocársela con dedos temblorosos. Luego, bajando el tono y ya un poco más calmo, agregó: –Disculpe mi reacción, pero… subir para cavar… me resulta… –hizo una pausa en busca de la palabra más adecuada.

–Antinatural. –Intervino Illya.

El rostro del viejo se iluminó de pronto, pero de inmediato esa iluminación se vio ensombrecida por la tarea irrevocable que debían emprender.

–Exactamente… No se me habría ocurrido palabra mejor para nuestra situación.

La cuadrilla de operarios del Campamento Minero llega hasta la puerta central de los muros del oeste, sitio desde el cual salen caravanas de operarios de toda clase. Acomodándose debajo de la estrecha franja de sombra que proyecta la muralla de seguridad, uno a uno los operarios muestran sus credenciales y avanzan. Caminando en línea recta con la vista al frente, Illya percibe la respiración agitada que viene tras de sí; incomodándola incluso antes de llegar a ella. El anciano nervioso la mira con una sonrisa cómplice y artificiosa, que revela una pena asumida como convicción:

–Entiendo mi condición, ¿sabe? No soy el único de mi clase. He venido a morir aquí.

–Lo lamento. –dijo ella avanzando.

No vuelve la cabeza El anciano abre la boca y lanza un aullido. Illya se sobresalta. Se siente empujada contra el resto de sus colegas por una fuerza tremenda que estalla desde un vibrante alarido. Le desagrada la idea de chocarse con aquellos desconocidos e, inconscientemente, busca el suelo. Unas cuantas manos la sujetan y alejan al viejo de ella. Pero Illya, ofendida, intenta zafarse para darle una paliza. El un forcejeo momentáneo se calma cuando, por fin, alguien dice junto a su oído, en una voz muy tierna y despacio:

–Cuidado, Illya.

Gira su cabeza y se encuentra con Totski. Pero no lo reconoce porque es duro y dinámico y parece tan desconcertado como ella, envuelto en el mono de látex negro con franjas naranjas, y sosteniendo una pesada varilla de hierro.

–No pierdas más tiempo con ese animal. –Aconseja Totski. Seguidamente, da la orden para apresar al anciano, quien es reducido al instante por la obediente cuadrilla.

El resto del grupo que acompañaba a Illya no se altera. La media docena de hombres y mujeres retoma su avance. Una de ellas hace ademán de encender un cigarrillo que extrae del interior de sus ropas.

–Aquí no. –Musita Illya. Aún no se siente en condiciones de imponer su voluntad y reglas a los recién llegados. Sin embargo, la mujer obedece sin la menor resistencia. En sus ojos brilla una ingenuidad que Illya cree no haber visto nunca. Atraviesan una inmensa galería excavada en roca. En algún tiempo, aquello debió haber sido una montaña. El ruido de máquinas en movimiento y herramientas moviéndose de un lado a otro retumban en ecos graves, profundos. Disimuladamente, Illya se coloca unos auriculares para sofocar el ruido. Reproduce el *Stabat Mater* de Dvorak, interpretado por una filarmónica desaparecida. Fija la vista un poco más allá, delante de la cuadrilla de Totski, donde el suelo comienza a elevarse en una pendiente pronunciada que conduce a niveles superiores. Allí todo es ruido y trabajo, por eso Illya no puede realizar sus cálculos apropiadamente en aquellas condiciones.

–Habrá que adaptarse. –Murmura para sí.

–Adaptarse es signo de inteligencia. –Dice otra voz a su lado. La joven del cigarrillo. Le sonríe y continúa moviendo sus labios. –Me llamo Hestia.

Desde luego, Illya no oye una palabra de lo que dice la recién llegada; por otro lado, su rango no la obliga a la cortesía y decide ignorarla rotundamente. Del mismo modo disimulado en que se colocó los auriculares, sube el volumen de su reproductor hasta que el espacio sólo contiene los lúgubres coros de la misa de réquiem compuesta por Dvorak. La música le brinda el aislamiento necesario para concentrarse en su papel. Sin distracciones. La mirada continua fija un poco más allá, delante de la cuadrilla de Totski, mientras ascienden la pendiente. Ahora, la galería comienza a cerrarse en un túnel claustrofóbico, iluminado por luces de neón cada diez metros. Un poco más allá, el suelo también comienza a cambiar; como si la roca fuese un ente orgánico, escalones comienzan a brotar para facilitar el ascenso. Nanobots, desde luego. Una maravillosa idea de Yzila, su antigua mentora en el Campamento Minero.

–El mayor desafío intelectual es lograr adaptar estructuras disímiles y forzarlas a desarrollar una acción simbiótica. –Le explicaba Yzila en aquellos tiempos. Se encargaba del desarrollo de la bioingeniería y fue la primera en proponer el reemplazo de la mano de obra humana por mecanismos unicelulares capaces de una labor más eficaz. Sin embargo, no tuvo la oportunidad. Desapareció poco después sin

dejar rastro. Solamente sus notas y estudios que luego fueron aprovechados por individuos como Totski y el resto de los altos mandos de Babel–3.

Illya frunce el ceño, disgustada. No le agrada cuando sus pensamientos derivan en aquellas aguas penosas. Porque intuye los motivos y las consecuencias, pero carece de pruebas para llevar a cabo acción alguna. Y aunque las tuviese, a aquella distancia y con aquel trabajo, no conseguiría más que la desacreditación y la expulsión. La justicia es ajena a los problemas individuales. Además, sólo le faltaban tres ciclos para llegar a la treintena y poder retirarse. Con el dinero del retiro podría adquirir una parcela en la metrópolis por los restantes sesenta años y dedicarse a cualquier otra actividad.

Illya dejó escapar un suspiro de resignación. Sólo así se podía ascender.

*

El túnel culmina en otra inmensa galería construida con gigantescos bloques de granito. Illya no tarda en sentir la presión producida por la altura que el material de construcción intenta aliviar. Su visión se vuelve borrosa un instante mientras pasa del túnel a la galería. Sin darse tiempo, trastabilla pero una mano la sostiene justo a tiempo, impidiendo su caída. Es la joven recién llegada que viene tras ella. Aún sonríe mientras le tiende unas hojas de coca.

–Masque. –Ordena sin que su voz llegue a ser oída.

Illya recibe las hojas secas, agradeciendo con un asentimiento de cabeza. Cierra los ojos e inspira profundamente mientras guarda las hojas en el interior de su mono. No las necesita o quiere prescindir de ellas. Prefiere que su cuerpo se acostumbre. Hestia la observa y la imita, a la vez que comienza a invadirla una desconfianza hacia la mujer. Ella se acomoda enseguida y recupera su ritmo normal. Sus muslos ascendiendo y descendiendo sobre una tela ajustada la hipnotizan. Ella avanza sin mirar atrás. Siente un hilillo cálido sobre sus labios. Inconscientemente se lleva la punta del dedo al rostro y descubre su propia sangre brotando de su nariz. Quizás por la impresión, o tal vez por la presión, la joven Hestia cae al suelo.

–¡Arriba! –Ruge una voz imperativa a sus espaldas. En la confusión, puede oír el zumbido de un látigo cortando el aire, pero, por fortuna, la conocida sensación de ardor en la piel nunca llega.

–Esta no es forma de tratar a los recién llegados. –Replica otra voz, una voz un poco insegura de su accionar pero que se mantiene firme en cada palabra pronunciada. Desde el suelo y por el rabillo del ojo, Hestia observa a la joven jefa de cuadrilla sosteniendo la punta del látigo con una mano. Illya no le devuelve la mirada, sino que mantiene la vista fija un poco más allá, distante, fría y delante, siempre un poco más allá.

–Después de todo, lleva tiempo acostumbrarse a estas condiciones. –Se justifica Illya. El hombre del látigo la observa enrojecido, intentando zafar su instrumento de trabajo de las manos gráciles y firmes de Illya, sin poder lograrlo. Hestia siente una fuerza inmensa que la toma de sus caderas y la pone en pie, como el viento levantando las hojas. Seguidamente, su campo de visión queda oculto por la mole que dirige la cuadrilla precedente, quien va acercándose a Illya con gestos de una fingida severidad que hacen que la mujer suelte el látigo enseguida.

–Superiora, creo que se está extralimitando de sus directivas.

Illya observa a Totski con la impotencia de un niño frente a un tutor hipócrita, menos preocupado en cumplir con sus responsabilidades como protector que en cobrar el cheque por sus servicios.

–Lo lamento, pero no se lo merecía.

Aún así, Illya siente la agitación al pronunciar sus palabras porque sabe que su comportamiento no es el apropiado para el rango recibido. Además, el castigo corporal puede ser cruel pero es un incentivo como cualquier otro, sólo aplicable a los recién llegados como método de aplacar sus voluntades. Para mejorar el rendimiento del trabajo en equipo, no hay nada mejor que anular la voluntad propia, sostienen los cerebros que coordinan Babel–3.

–Basta de demoras. –Ordena Totski hoscamente.

Illya suelta el látigo y retoma su posición en la cuadrilla, avanzando nuevamente.

–Gracias, señora. –Dice Hestia recuperando el ritmo y avanzando tras ella tímidamente.

Tras ambas, el resto de los miembros de la cuadrilla camina con la mirada gacha, preocupados y sin advertir la incertidumbre común que los une. Otras dos mujeres y tres hombres completan la retaguardia. Illya los escruta meticulosamente sin volver hacia atrás la mirada ni una sola vez. Su memoria es fotográfica. Cada uno de los rasgos de los recién llegados queda fijo en su mente. Cuando el ambiente se

caldea demasiado con su presencia, es allí donde busca refugio, en los intersticios de su propia lógica caótica, sus pensamientos. El aislamiento que la composición de Dvorak le brinda es invaluable. Sospecha que, de otro modo, hace tiempo hubiera enloquecido.

–Debo parecer un papagayo. –Dice en voz alta, en un gesto casi mecánico.

A su lado, Hestia la oye, y enseguida piensa que Illya se equivoca y debe ser una especie broma personal. La sigue a pocos pasos, sabiendo que la otra no le prestará la menor atención.

–Es como agua hirviendo. –Dice Hestia, pero nadie la oye o no saben a qué se refiere. El resto de la cuadrilla atraviesa la galería última, aún en construcción y con polvo de cal impregnándose en sus pulmones sin que ninguno lo note. La humedad vuelve más pesada la altura, y la atmósfera parece cubierta de minúsculas gotas que perlan la piel como un sudor externo. Illya toma la delantera y continúan ascendiendo hasta un pasillo donde sólo entra una persona por vez. Unos metros en aquella lóbrega oscuridad bastan para desatar la claustrofobia en algunos de los recién llegados no acostumbrados al encierro. Pero enseguida aparecen luces y entran en un pequeño vestíbulo que comunica con diversos habitáculos pequeños y vacíos. Un manchado tapiz de flores chillonas es todo el decorado visible. Sentadas al final del vestíbulo, dos ancianas vestidas de negro esperan al grupo. Illya frena su marcha y la cuadrilla entera la imita, siempre unos pasos detrás. Levanta ambas manos con las palmas abiertas y hace la reverencia correspondiente cruzando sus dedos índice, mayor y anular de modo transversal sobre el pulgar de su mano izquierda. Las ancianas asienten con un leve movimiento y se ponen en pie.

–Superiora, introduzca a su grupo en la habitación contigua y salga enseguida.

Illya no puede precisar cuál de las dos ancianas ha hablado. En ningún momento las observa mover sus labios. Sin embargo, la voz ha sido clara y concisa. No tiene más opción que cumplir las órdenes.

Entran en la habitación contigua, Illya al frente de su tropa seguida de los recién llegados con sus monos de esclabañiles aún nuevos, impecables. Avanzan en fila india y, una vez todos dentro, Illya se dispone a retroceder.

–No nos abandone, por favor. –La joven Hestia le corta el paso de salida repentinamente.

Illya le sonríe, sorprendida.

–Atrás. –La voz de Illya suena fría y dura, como una antítesis de la expresión de su rostro. Hestia retrocede, pero no permanece en la habitación. Illya, apresurada, no toma los recaudos necesarios para que la joven quede del otro lado y una puerta automática deja encerrada al resto de la cuadrilla.

–Mierda.

Illya acaba de quebrar el protocolo. De la habitación cerrada comienza a emanar un calor pesado y enseguida reaparecen las ancianas quemando diferentes flores para aromatizar el ambiente. Totski observa a Illya y su subordinada con los ojos como platos y se golpea la frente con la palma de la mano. Illya observa el gesto entre la sorpresa y el temor. Aprieta los dientes de impotencia y descarga una bofetada contra Hestia que continúa inmóvil frente a ella. La joven, que no esperaba tamaña reacción, choca su cráneo contra la pared y cae desvanecida.

Illya salta el cuerpo en el suelo intentando alcanzar la salida del perímetro, pero dos miembros del grupo de Totski la toman por la espalda y la reducen contra la pared. La temperatura en la habitación aumenta e Illya cree oír los gritos desesperados de la cuadrilla sorprendida y obligada a sufrir la Metamorfosis. Entrecierra los ojos y sus dientes rechinan, sintiéndose impotente, insegura ante lo que le espera.

*

Hestia, su rostro virginal de mejillas sonrosadas y delicado perfil exhiben una leve sonrisa. Esto lo primero que observa Illya al despertar. Hay lágrimas en el rostro allá arriba, pero Illya se preocupa por un dolor que se acrecienta en su cuerpo, se siente herida en modos que no recuerda.

De repente, una especie de descarga le resucita un instante anterior en su conciencia, en aquellos pequeños compartimientos donde debía dejar a los grupos, aquella sencilla tarea que le había sido asignada y la había echado a perder. Ahora intentaba mover sus labios para hablar con Hestia, para intentar preguntarle qué pasaba, pero se horrorizó cuando oyó un relincho. Intenta ponerse en pie. No puede. Rueda sobre su espalda y empuja el suelo con sus palmas. Sólo que sus manos no están ahí. Sus extremidades culminan en sus huellas y codos, y observa dos pezuñas al final. Se sacude y vuelve a lanzar un relincho, poniéndose de pie, entre el asco y el puro espanto. Observa a Hestia, bella e inmensa, pero su mirada se detiene en una punta

que sale de su propia cabeza y apunta hacia el cielo. Comprende entonces cómo es el proceso conocido como la Metamorfosis. Acostumbrándose a mover sus pequeñas patas equinas, Illya tropieza y queda en el suelo sobre sus posaderas. Hestia sonríe en una forma muy caritativa.

–No te preocupes, Illya, cuidaré siempre de ti y tú cuidarás de mí.

Hestia habla con una devoción que no brinda a Illya tranquilidad alguna. Antes que se le ocurriese cómo evitarlo, Hestia se agacha hasta Illya, la pequeña unicornio, y la sostiene entre sus brazos.

Y la promesa que acaba de hacerle se rompe al instante.

Un hombre de rostro enjuto y circundado de viruelas, con profundas ojeras y el tabique nasal partido, la tira del cabello y la suelta dando una risotada.

–No sé que has visto en ese animalejo tan feo. –dice el hombre. –Pero va a ser útil para cuando vengan los tiempos difíciles.

Illya le lanza una mirada de odio que, a aquella distancia, el hombre no llega a ver. Hestia se alisa su cabello para enseguida acariciar el lomo de Illya entre sus brazos y decir:

–Illya nos dará muchos favores, querido. Será buena en los combates, ya verás.

Estas palabras desconciertan por completo a Illya, y comienza a sacudirse, nerviosa. Hestia la sostiene un poco más fuerte, para impedirle zafarse, pero enseguida ambas acaban rodando en el suelo. El querido de Hestia deja oír una sonora carcajada mientras sostiene su barriga con abyecta vulgaridad.

*

Hestia se ocupa de Illya a pesar de que era lunes, y, como cada lunes, hubiese preferido permanecer en su catre hasta el mediodía. Desde afuera, el ruido de los esclabañiles ya ha destrozado sus nervios y sólo consigue dormir ingiriendo dos o tres somníferos. Al no haber día ni noche, los esclabañiles trabajan en turnos rotativos para avanzar en la construcción, lo que equivale a griterío constante y continua maquinaria puesta en marcha. Con el correr de los días, Hestia siente reventar la flora de sus vísceras. Así pasa varias noches en vela, atormentada por punzadas en sus intestinos. Llegado el viernes experimenta una leve mejoría. Tiene fuerzas para seguir a su querido a la taberna. Agstn es un modesto picapedrero, bastante tosco y

de comportamiento infantil, pero se conoce a todos en la taberna de Phalom y Hestia sabe cómo aprovechar eso. Se pone en contacto con un grupo de rufianes dedicados al entretenimiento de las apuetas. Les presenta a Illya y la examinan con detenimiento. Su dictamen es que "se halla en forma".

Hestia regresa al piso que comparte con su querido. Agstn reacciona:

– ¿Y? ¿Sirve? –Con tono despectivo dirige una mirada a la pequeña unicornio.

–Se entusiasmaron. –Le informa Hestia. –Dijeron que piensan ahorrar para apostar por Illya.

–No sé qué le han visto a esa yegüita tan fea. –Agstn frunce el ceño. –Es un mutante: le quedó la cabeza muy chiquita en comparación a las patas.

–Ellos dicen están al tanto de su historial humano y confían en que recupere sus habilidades. –Replicó Hestia. –Vale más de doscientas rupias.

Se produce silencio y tiene la certeza de que ese argumento justifica su determinación de conservar a Illya, como respeto hacia esa mujer luchadora y determinada que conoció apenas pero que le bastó para despertar su admiración.

–Es una ilusión que sale cara. –Dice Agstn en voz baja, más para sí mismo. –Cuando se acabe la alfalfa no pienso cederle mi ración de cebada.

Hestia se toma todo el tiempo del mundo para pensar mientras busca en el ropero un vestido que no esté manchado.

–Será por poco tiempo. –Dice. –Ya se sabe con certeza que habrá peleas después del invierno. Más adelante podemos venderla a diez veces su precio.

Extrae un vestido con flores amarillas estampadas y lo examina girándolo. Tiene una pequeña mancha amarilla que el estampado oportuno disimula bastante.

– ¿Qué apuro tenés en volver a la calle? –Pregunta Agstn.

–El correo.

–Se me había olvidado que hoy es viernes. –Murmura Agstn.

Hestia se desnuda para colocarse su vestido. Agstn la observa maquinalmente, sin el menor deseo. La observa colocarse unas sandalias.

–Esas sandalias ya están para tirar, me parece. –Dice. –Si seguís así va a quedar mejor que andes descalza.

Hestia se siente desolada.

–No tengo otras. Si no me arreglo para provocar un poco no me llevan el apunte.

– ¿Y qué esperás? ¡Son hombres! –dice Agstn.

Ella le obsequia una sonrisa. Desde luego, comparte la opinión de su querido.

Hestia avanza hasta las obras en proceso antes de que las máquinas comiencen a ponerse en funcionamiento. Sandalias, un vestido escotado de una pieza y el pelo enrulado cayendo suelto sobre sus hombros. Los esclabañiles se apoyan en sus máquinas para dejar escapar silbidos, coqueterías y groserías. La presencia de Hestia es el alivio justo para las infernales doce horas en posturas rígidas o de fuerza excesiva. Lo mismo de siempre: excavar y transportar materiales, mover palancas o alzar suministros; el quiebre de la rutina que representaba la presencia femenina provocativa demora sus turnos de descanso.

Tras aquellos esclabañiles, uno de rostro bobalicón, ojos saltones y anomalías cefaleas es el que le interesa a Hestia. Es Harem, el encargado zonal de la distribución de mensajes. Se intercambian miradas, pero el hielo y desprecio de Hestia se anteponen a la lujuria animal del otro.

– ¿Hay algún envío para mí? –Pregunta.

Pero ya conoce la respuesta. El silencio es la respuesta. Cosechas Monsanto le ha dado la espalda tras el accidente en la Metamorfosis. Sabe que figura en sus listas y poseen todos sus datos, dónde vive, cómo se las ingenia para sobrevivir. Lo que Hestia ignora es por qué nunca la exiliaron ni la colocaron en algún confinamiento. Quisiera tener alguien a quien preguntarle, pero la única persona experimentada en aquella vida ahora se halla reducida a su cuidado. Y por algún motivo que desconoce se siente en eterna deuda con ella y sabe que en el fondo aún subsiste la resistencia humana que le deparará prontas satisfacciones que cambiarán su suerte.

Por eso es que toma al bobalicón esclabañil encargado de mensajes de un brazo y lo conduce a un pasillo improvisado por el descanso de camiones, grúas y excavadoras. Recostados en el suelo, Hestia le habla la única lengua que comprenden los esclabañiles: el placer. Mientras el cuerpo del hombre se sacude piensa en lo deshonrado que se sentiría Agstn de tener pruebas de su entrega; pero su entrega, carente de todo placer y conducida como una obligación, es un sacrificio pequeño en comparación con el del resto de las vidas penosas que tienen lugar en Babel–3.

El bobalicón de mensajes termina y se pone de pie con rudeza. En la carne, la satisfacción ha transformado el deseo en repulsión. Nuevamente, Hestia mira de un modo gélido al hombre.

–Sepa que mi querido y yo ya no tenemos polvos deshidratantes, señor. –Anuncia, en un tono monocorde, ausente.

El bobalicón se rasca la calva surcada de cicatrices y minúsculos tumores apostados en su sien. Hay algo en su aspecto que Hestia vincula al término mutación. Lanzando un bufido, el bobalicón lleva las manos hasta la parte delantera de su cintura y abre una riñonera. Le suministra seis cajas, con noventa dosis en cada una, a la vez que observa hacia atrás esperando no ver a nadie de su equipo. Hestia recibe el producto y añade, de inmediato:

–¿Y algún caldo, señor?

El bobalicón refunfuña y deposita una docena de pequeños cubos envueltos en papel aluminio. Sin dejar de mirar atrás. Hestia se lo agradece con una sonrisa y una ligera reverencia que el otro no tiene la capacidad de percibir. Seguidamente se separan. Él se arrastra hacia una de las máquinas mientras ella regresa al campamento esclabañil para ubicar a alguien más.

Un hombre corpulento, de músculos avejentados, golpea toscamente un muro. Lo derriba y enseguida comienza a golpear una maciza columna de concreto. No utiliza más que la fuerza de sus puños.

–Señor Totski. –Dice Hestia a espaldas del coloso.

El hombre no se gira hacia la mujer que ha pronunciado un nombre que ya no le corresponde tras el desastre de la Metamorfosis.

–Ruptus para la señora. –Masculla y vuelve a descargar su fuerza contra la columna.

–Disculpe, hace tiempo que no nos veíamos. –Se disculpa Hestia sin necesidad. –Sólo quiero que sepa que la he encontrado y me he encargado de ella.

Ruptus detiene su puño en el aire, conmocionado por la noticia.

–Me gustaría verla. –Murmura al fin.

–Todavía no. –Hestia baja la mirada, mientras siente cómo el coloso la estudia sin escatimar su belleza.

Se hace silencio en medio de la construcción, algunos esclabañiles se asoman para espiar por qué se ha detenido el viejo martillo humano que conocen como Ruptus. El coloso sabe que no tiene mucho tiempo y debe evitar sospechas de todo tipo. Es un proscrito. Su perfil figura en los registros de captura de los agentes de la OSM, la Oficina de Seguridad Monsanto, organismo interno de Cosechas Monsanto. Su antiguo puesto le permitió obtener documentación de un recién fallecido. Bajo su propia firma solicitó un traslado de personal y usurpó la identidad del muerto sin que nadie lo notase. Pero iban tras él de un momento a otro, lo presentía. Y aunque

pudiese descender y tocar tierra nuevamente, aún se hallaban a tal altura que al momento de salir sería un anciano. Deambula por los pisos con una ficha de peón–ayudante, cobra un poco de polvos deshidratantes y le ofrecen algo de comida a cambio de trabajos pesados. Siempre hay algo que los otros no quieren hacer.

– ¿Cuándo podré verla? –Pregunta a Hestia.

–Todavía no. –Como una maquina, repite la contestación anterior en lugar de otra entre las mil réplicas posibles.

–Entonces, cuanto menos lo espere estaré en su casa.

–Allí no se puede. Está mi querido.

–Estoy al tanto. Agstn, el picapedrero. Supe tenerlo en mi tropa, ¿sabe? Cuando era otra persona. Supongo que también él habrá cambiado.

–Dejó de beber por las mañanas. –Hestia se siente avergonzada por la confidencia.

–Qué bueno saberlo. Será interesante volver a verlo.

Sin esperar despedida alguna, Ruptus vuelve a su derrumbe manual. Un puñetazo desprende parte del concreto y revela la varilla de treinta y dos pulgadas en su interior, que Ruptus deberá extraer, limpiar y entregar para su reutilización. Hestia piensa que eso sí es un sacrificio mientras regresa a su casa.

*

La alarma de clausura sonó más tarde. Era el cambio de turno. Sin embargo, la alarma volvió a sonar dos veces más y Agstn, parado tras la ventana, interpretó la señal de inmediato.

–Tres alarmas. Trabajos de mantenimiento. De seguro hay alarma de derrumbe en algún piso superior.

Cierra la cortina de arpillera y suspira:

–Estamos condenados.

Pero Hestia no hace comentario alguno. Antes de acostarse coloca un pequeño bloque de alfalfa y un cuenco con agua en el rincón ocupado por Illya. Luego se encierra en el dormitorio corriendo una cortina ordinaria de paño rojo, de costuras descocidas o rasgadas. En el interior, Agstn lee un periódico amarillento echado en su catre, a la luz de la lámpara en el suelo.

Lee en sentido cronológico y desde la primera página hasta la última, incluso los anuncios publicitarios. La alarma de clausura vuelve a sonar horas más tarde y Agstn, que casi dormitaba, se siente desvelado por el ruido ensordecedor. Su lectura se prolonga una hora más. Hestia lo ha estado observando en silencio todo este tiempo intentando quedarse dormida, pero a ambos se les hace imposible. Ella abandona el dormitorio, se arrodilla frente a un baúl, lo abre y extrae un blister con cuatro pastillas rosadas, ovaladas. Regresa al dormitorio mientras separa las dos pastillas que le tocan a ella y le entrega el resto a su querido.

–Ni una palabra sobre las peleas. –Anuncia Agstn con una mueca de disgusto.

–Es de esperarse. –Dice Hestia. –No pueden hablar de ello abiertamente. Eso significa que sin dudas se van a hacer.

La noche fue de calor sofocante, como todas las noches; y sin ventilación adecuada los cuerpos de Hestia y Agstn despedían sudor profusamente. La pesadez producida por los somníferos les mantenía en la misma posición y al despertar, completamente empapados, se colocaban desnudos frente a la puerta de un patio interno siempre cubierto de escombros y esclabañiles para que la corriente de aire los seque.

Amanecen estragados. La alarma despertador suena por tercera vez cuando Hestia se incorpora a una realidad turbia alborotada por relinchos agudos. Su cabeza gira en círculos concéntricos. Siente náuseas. Sale al patio y se dirige al excusado a través del minucioso cuchicheo de los múltiples esclabañiles y vecinos que los circundan. El interior del cuartito de chapa se halla enrarecido por vapores amoniacales. Hestia se acuclilla sobre un pozo donde surgen vahos de moscas triangulares que espanta de sus muslos con manotazos.

Luego regresa a la vivienda, extrae uno de los sobres de polvo deshidratante sintético y lo prepara. La preparación se transforma en líquido que utiliza para higienizarse a la vista de Illya, quien retoza y agita sus extremidades como queriendo familiarizarse con ellas.

–Si tienes ganas de relinchar, relincha. –Dice Hestia con una sonrisa. –Es bueno para la bilis.

Poco después, como un vendaval, entra Ruptus abriendo la puerta de calle de par en par y sin anunciarse. Hestia se cubre al instante con el primer trapo viejo que encuentra a mano. Pero la atención de Ruptus está en otro lado:

– ¿Dónde está Illya?

Hestia le pide que cierre la puerta y lo invita a adentrarse en el cuarto. Después se encierra en su habitación y, mientras se coloca unas calzas amarillas y un strap azul, comprueba que Agstn sigue aún bajo el efecto de los somníferos.

Regresa a la habitación de entrada donde Ruptus aguarda con una expresión de enojo incrustada en el rostro junto a una Illya que se ha quedado inmóvil pero con la vista clavada en el visitante.

– ¿Dónde está? –El tono de Ruptus denota impaciencia.

Hestia lo mira, sombría. Levanta el índice y señala al pequeño unicornio en la esquina del cuarto. La mandíbula de Ruptus se desencaja en una mueca de desconcierto.

–No comprendo. –Murmura.

Hestia alza entre sus brazos a Illya y la acerca al coloso. Las miradas del gigante y el animalito se cruzan pero es como si nunca se hubiesen visto con anterioridad. Entonces Agstn interrumpe la conversación despertando furioso:

–Un día de estos no despierto y vos ni te enteras. –Le dice a su mujer. Pero su rostro cambia de inmediato en cuanto ve a Ruptus.

–Querido, tenemos visitas.

Agstn exhala una ronca sonrisa y aplaude frente a Ruptus en señal de bienvenida. Ruptus acepta el saludo inclinando ligeramente la cabeza.

–Es un honor tenerlo, señor. –Dice Agstn con zalamería. –Por favor, acompáñenos en el desayuno.

–No he venido para eso. –Murmura el coloso mirando fijamente a Hestia. –He venido por una vieja amiga.

Agstn ensancha su sonrisa y le guiña un ojo al visitante.

–Ah, así que ha venido por mi querida. No muchos tienen el valor para hacerlo sabe. Claro que, por una módica suma, yo podría… digamos… alquilársela.

Ruptus hace caso omiso del comentario. No está allí para hablar con un bufón. Mira a su alrededor la pobreza y decrepitud en la que viven aquellos dos. Recuerda entonces un pasado donde supo tener todo tipo de comodidades y lujos, y siente una ira nacer de sus entrañas por los imprevisibles giros que da el destino. Ahora siente que quizás su destino ha tenido un propósito, y vuelve a concentrarse en Hestia en busca de una explicación.

–Disculpe a mi querido, no recibimos muchas visitas, ¿sabe? Es un tanto tosco.

Agstn puso una mueca de indignación pero guardó silencio.

–Pero fue él quien la encontró, ¿sabe? Indirectamente, por cierto. Nos hallábamos siguiendo la pista de un mapa donde supuestamente encontraríamos suministros para vivir al menos un año. Sin embargo, la pista era falsa, o al menos eso es lo que dice Agstn y, mientras regresábamos, encontramos un pequeño huevo escamoso que no tardó en romperse delante de nuestros ojos. Era como si nos estuviese esperando. En cuanto salió, Agstn creyó que se trataría de una víbora o basilisco de las alturas e intentó aplastarla. Lo alejé a tiempo para ver a la pequeña criatura emerger de su refugio. Y en cuanto vi sus ojos y sus gestos, descubrí que ya conocía a esa criatura… que en realidad no era una criatura en absoluto, sino el resultado de una exposición indebida a la Metamorfosis.

Ruptus escucha el relato atentamente, incapaz de llenar los huecos de la historia. Piensa que, por un lado, nadie más que Cosechas Monsanto está al tanto de los pormenores del proceso conocido como la Transformación. Según su propia experiencia, la Transformación se realizaba para buscar mejorías en los organismos, ampliar musculaturas y resistencias al esfuerzo físico. En su juventud, él mismo la había sufrido. Por ello le resulta algo inconcebible la historia de Hestia.

–No me lo creo. –Dictamina.

–Compruébelo. Mírela fijamente a los ojos.

Vuelve a colocar a la criatura delante de Ruptus y ambas miradas se cruzan. Una vez más, es como si fuesen dos completos desconocidos.

–No comprendo qué es lo que quiere que vea. Me ha hecho perder el tiempo.

Furioso, Ruptus se da vueltas y derriba la puerta de entrada de un puñetazo. Luego se aleja sin despedirse, mascullando insultos a todo aquello que lo rodea. Se pregunta a los gritos qué broma habrá querido gastarle aquella vieja ramera y avanza a mayor velocidad, impaciente por volver a su puesto de trabajo y pulverizar concreto bajo sus nudillos.

Con todas sus fuerzas, Agstn y Hestia logran levantar la puerta que Ruptus había derribado, pero sólo consiguen encastrarla de un lado. En la parte inferior, el ingenio de Agstn quiso valerse de la astucia de un alambre y el resultado fue que la puerta se traba contra el suelo apenas se abre. Pero como queda el espacio suficiente como para que sus cuerpos puedan entrar y salir, Agstn se da por satisfecho con una promesa indeterminada:

–Funcionará provisoriamente.

Hestia le da una palmadita amable en la espalda, pero espera pronto poder abandonar todo aquello con la ayuda de Illya. Agstn es un buen compañero pero ella sabe que con algo de dinero podría conseguirse algo mejor. Quizás dos ejemplares como él. Decían que dos cabezas piensan mejor que una.

La imprevisible alarma de clausura vuelve a espantarlos. Ambos dan un salto a la vez y luego ríen el uno del otro. Hestia corre la cortina de arpillera y observa los esclabañiles cruzando la calle, algunos yendo y otros viniendo. Prepara la alfalfa para Illya y nota con tristeza que al día siguiente no tendrá ración. Armándose de coraje regresa al dormitorio y enfrenta a Agstn.

–Necesito algunas monedas para alfalfa. –Anuncia.

–Lo único que tengo son cincuenta centavos. –Dice Agstn. –Es el valor de una copa. Lo guardo desde hace años por las dudas, si me entran ganas de echar un trago…

Guarda la moneda bajo la estera de la cama, envuelta tortuosamente en un pañuelo de seda. Cuando lo despidieron, Agstn tenía una cuantiosa suma que creyó le duraría hasta que su hígado reventase. Sin embargo, poco después se encontró con Hestia y dejó la bebida. Llevaba años lamentándolo, pero una recaída pasada le reveló que ya no era el mismo para soportar los embates del alcohol y decidió regresar a la vida abstemia luego de vomitar sangre.

–Por favor. Es importante.

Agstn no suele responder a los ruegos femeninos, sin embargo acaba por cederle la moneda a Hestia.

–Compras una porción de alfalfa. –Dice Agstn. –Y con el vuelto traes café para mañana y cuatro onzas de queso.

– ¡Y una alita de mosca para adornar nuestra puerta! –Añade Hestia, jocosa. –¡Qué locura! La porción de alfalfa sola cuesta cuarenta y dos centavos.

Hacen silencio y piensan un momento.

–La yegüita es un animal y se la puede aguantar. –Comienza a decir Agstn. Pero la expresión de Hestia lo obliga a la reflexión. Su querida se sienta al filo del catre, los codos apoyados en las rodillas, gira la moneda entre sus dedos mirándola con aire ausente.

–No es por mí. –Dice después un rato. –Si por mí fuera haría esta misma noche dos empanadas de mortadela. Debe ser muy buena una indigestión de doscientas rupias.

Retorna el silencio un momento que Hestia aprovecha para acariciar a Illya y pensar en cómo convencer a su marido.

–Lo que me preocupa son los apostadores que ya la agregaron a su lista.

Entonces Agstn empieza a pensar. Da vueltas por todo el cuarto meditando la preocupación de Hestia. Ella descubre algo de irreal en su actitud, como si estuviera convocando a los espíritus del hacinamiento y la pobreza para consultarlos. Finalmente, su querido se acomoda en el suelo en la posición del loto y fija sus ojos color negro sobre los ojos amarillos de Hestia.

–Compra la alfalfa. –Dice. –Ya veremos cómo nos arreglamos.

*

– ¡Esto es un milagro como ganarse la lotería! –Repite Hestia cada vez que se sientan en el suelo a desayunar. Con su asombrosa habilidad para hacerse de malas compañías, Agstn había participado en un robo. No de dinero, desafortunadamente, pero con esa misma habilidad que poseía Agstn pronto conocieron a varios morfinómanos dispuestos a pagar lo que fuera por el producto. Es tiempo de mejorías. Hestia compra un aire acondicionado portátil, de segunda mano, con palanca para llevar de aquí a allá. Pero los climas calurosos han concluido y se pronostica un crudo invierno. Cosechas Monsanto deshabilitará la calefacción y los suministros eléctricos en muchísimos pisos para regular el crecimiento demográfico. Una multitud numerosa se habían ido refugiado en los muchos intersticios del colosal Babel–3 a través de las décadas. Se habían armado rancheríos que periódicamente eran barridos por la Oficina de Seguridad Monsanto. La OMS como la llaman. Pero los ranchitos no tardan en resurgir a pocos metros o en pisos diferentes. Aquella gente no sólo no tiene adónde ir sino que muchas generaciones han nacido en este cautiverio convenido, sin conocer otro mundo que este edificio inabarcable. Se conserva un único mapa de salida que se ha reproducido mediante fotocopias, pero cuyas letras han ido borrándose a causa del deterioro y el copiado. Hoy en día, interpretarlo es tarea de hechiceros analfabetos a los que nadie escucha sin escupirle tres veces el rostro.

Hestia aprovecha el súbito cambio de suerte para demorarse tres noches en la peluquería por un laborioso peinado. Lleva el pelo en tres colores diferentes. Ya no tiene caspa ni piojos. Agstn ha comenzado a arreglar el baño, consiguió un inodoro y

un inmenso caño que espera poder colocar hasta la canaleta en cuanto consiga un ayudante. Hestia confía en que así será y se ocupa de mejorar su aspecto. Sin embargo, unas noches después se despierta de un salto de su catre, desvelada; el cambio le había hecho descuidar a Illya. Al día siguiente consigue un veterinario, la controlan, la pesan, la encuentran en buen estado.

El veterinario realiza un examen con mayor detenimiento y anuncia con pesar que Illya no ha de crecer mucho más. Hestia le responde:

–Está bien.

Sin agregar más nada. Debe guardar silencio sobre el destino de Illya. El veterinario estrecha la mano de la mujer y se retira. Hestia alza a Illya y comienza a acariciarle la crin.

–No te preocupés, Illya. –Dice sin saber si acaso la podrá comprender. –Así estarás bien. No te preocupes.

Días después se agota el suministro. Quedan algunos ahorros que Agstn vigila noche y día por temor a la irrupción de algún adicto. Hestia consigue hurtarle una cantidad para comprar alfalfa pero Agstn la descubre de inmediato en cuanto regresa con el alimento para Illya.

–No te enojés. –Cortó Hestia, molesta. –Mañana tengo que reunirme con los apostadores.

Al día siguiente ambos marchan hacia la taberna. Agstn se entretiene mirando el único televisor que había por allí, obligado por el derecho de admisión a ordenar un vaso de algún licor, pero dejándolo en el mismo estado al momento de su partida. Sus ojos quedan capturados por el aparato que transmite imágenes de un exterior que jamás conoció, sobre un avión estrellado en una zona urbana. Llamas envolventes y dotaciones de hombres vestidos de rojo echan líquidos para aminorar el fuego.

–Mire usted, qué poco práctica esa gente. –Dice una voz áspera a su lado. –Cuando eso nos pasa acá, usamos matafuegos.

Agstn gira a su izquierda y reconoce al coloso que había estado buscando a su mujer semanas atrás.

–Tiene razón, señor. –Dice Agstn volviendo a concentrarse en el aparato. –Por allí anda mi querida, por si le interesa…

Ruptus suelta una risotada despectiva.

–Preferiría hablar con usted, ¿sabe?

Agstn vuelve a girarse hacia su interlocutor, esta vez sin sonreír ni ocultar la molestia por la interrupción de su dosis televisiva.

–Lo lamento. No sabría de qué podríamos hablar.

–El fuego es cosa peligrosa, ¿no cree? Sin demoras puede traducir la carne a cenizas. Sin embargo, una combustión de mayores dimensiones, controlada, puede modificar un organismo celular por completo, calcinando aquello que el cuerpo no necesita y reconfigurando toda su estructura para resurgir de la ceniza.

Hay un silencio que Ruptus aprovecha para echar un trago.

– ¿Conoce la historia del fénix? –Ruptus apoya una mano sobre el hombro de Agstn. El otro vuelve a darse vuelta e, iracundo, enfrenta al coloso.

– ¡Señor, no me interesa! ¡Déjeme ver televisión en paz!

Agstn le habla a escasos centímetros del rostro mostrando los dientes y echando espuma por la boca. Unas gotas de saliva descienden hasta el pecho de Ruptus. El avejentado coloso se limpia con desdén y, apoyándose en la barra, se pone de pie y se aleja. Sin despedirse. Mira en derredor. Es la mujer la única con la que puede hablar ahora. Aquel hombrecillo que alguna vez padeció bajo su látigo ya no le respeta ni le reconoce, e insistir sería armar problemas y llamar la atención. Exactamente lo que Ruptus no quiere causar.

Echa una mirada a su alrededor y logra identificar a la mujer que busca. Algo en su aspecto ha cambiado, se la ve mucho más arreglada y sensual. Si antes su carne encostrada despertaba lujuria, ahora los colores la embellecen para producir deseo. Ruptus se acerca, algo tímido. La mujer ya no le parece un estercolero aceptable. Ahora es tan bella que el coloso siente deseos de raptarla y encerrarla en su cueva. En un abrir y cerrar de ojos, los recuerdos del placer pretérito lo invaden. De entre todas surge una imagen que se ha mantenido en su mente por años, la figura de Illya.

Hestia lo reconoce en cuanto lo tiene enfrente. Retrocede impulsada por una paranoia reforzada de incertidumbre mientras intenta descifrar el por qué de aquel encuentro tan fortuito. Aunque descree por completo de las casualidades. Ya había sido advertida su ingenuidad de que ¡NO HAY CASUALIDADES!

–Quiero volver a verla. –Dice Ruptus de inmediato.

– ¿Para qué? –Hestia le lanza una mirada insolente. –Usted ya nos dio la espalda.

El brazo de Ruptus surcado de arrugas la toma del brazo con fuerza y siente que podría quebrarla en un parpadeo. Los parroquianos no intervienen, retroceden

un paso por temor hacia la mole de Ruptus y buscan con la mirada al querido de Hestia. Agstn se halla inmovilizado delante del televisor, rascándose la pera de modo ausente.

–Si quisiera podría entrar en su casa en cualquier momento del día, ¿sabe? Y llevarme lo que me plazca. Pero necesito su ayuda para hacer una prueba. –Ruptus suelta a Hestia y ella cae al piso, se raspa las rodillas y se desarregla todo su peinado. El añejo coloso le extiende su mano pero la mujer rehúsa la compasión y escupe tres veces en dirección al rostro de Ruptus, quien tres veces lo esquiva.

– ¿Una prueba? –Hestia pregunta enseñando los dientes.

–Créame que nos hará bien a los dos.

–Explíquese.

–Verá… Llevo días sin poder dormir. Tengo siempre el mismo sueño. En ese sueño está ella, ¿sabe? Y no me habla… Pero se queda observándome… Y observo sus ojos y no puedo reconocerlos…

Ruptus comienza a temblar a medida que avanza en su historia. Es como si no supiese cómo reaccionar delante de los demás al revelar sus fibras más íntimas. Como si acaso fuese el único sujeto sufriente en el universo.

–Entonces todo queda a oscuras, y siento que caigo infinitamente al vacío. De la negrura comienza a formarse el exterior de Babel–3 y descubro que estoy cayendo desde la torre. En vertical. Entonces un pájaro de fuego me rescata sobre su lomo, pero su fuego no tarda en quemarme, y cuando decido lanzarme al vacío ya estoy siendo consumido por sus llamas. Entonces el pájaro desciende a tierra y sobre mis propias cenizas expele un huevo. Entonces me siento cómodo y cálido como jamás me he sentido en la vida, diminuto y confortable. En ese momento de calma es cuando despierto, y me enfurezco por este destino y todos estos días malvividos y en soledad absoluta.

Hestia escucha sin comprender lo que está oyendo. Ruptus se siente defraudado y calla. Habría preferido permanecer en la barra pero la inquietud lo movía a comprobar si acaso, quizás, aquella mujer no se equivocaba. Hestia lo aparta y camina hacia la barra, donde Agstn, pegados los ojos a la pantalla, nota su aroma en cuanto la tiene a su lado y, con aire ausente, pregunta:

– ¿Y? ¿Nada?

–Nada. –Respondió Hestia.

Regresan al día siguiente. Los apostadores no quieren colaborar y opinan que ya es hora de comenzar el entrenamiento.

–Creo que tiene razón, ya va siendo tiempo de que enseñemos a la yegüita a defenderse. –Dice Agstn cuando han regresado, en cuclillas frente a Illya y lanzando puñetazos prudencialmente alejados de Illya mientras ella relincha mostrando su enojo hacia aquel hombre tosco y energúmeno.

Pronto vuelve a sonar la alarma de clausura. Se acomodan en sus catres y cuando Agstn alarga su mano para apagar la lámpara nota que Hestia aún sigue despierta.

– ¿Todavía tenés aquel contacto?

Agstn sabe que la petición no tardaría mucho en llegar. Comienza a rascarse la muñeca con una mueca que muda del agrado al desagrado y viceversa.

–Claro, desde luego. Abrí la mano.

Agstn levanta un poco su epidermis para revelar un diminuto círculo oscuro, delgadísimo, y lo deja caer sobre la palma de Hestia. La mujer siente que el peso es muy distinto a lo que se esperaría de algo tan pequeño.

–Tendríamos que habernos ocupado de contactar un entrenador mientras andábamos en la buena, ¿no? –La socarronería de Agstn ascendía sobre su soberbia, dándole el tono insolente de un pendejo en clase. –Ahora vas a tener suerte si encontrás uno lo bastante novato como para aceptar trabajar por el resultado de una apuesta.

Hestia frota el círculo para activar los circuitos holográficos del viejo busca–obreros. Los datos cargan y mueve los dedos aquí y allá mientras los sensores láser examinan una posible serie de entrenadores disponibles. Observa los costos.

–La buena época hubiese durado menos con lo que cobra esta gente.

–Lo más rápido es que envíes un anuncio a todos ellos ofreciéndole la mitad de lo que recaudes. Al final, alguno responderá. Siempre hay alguien en peores condiciones que uno.

Tres días después Hestia arregla una cita. Se encuentran en la zona comercial. Un semidesnudo muchacho delgadísimo, de rasgos simiescos, con unos pantaloncillos azules y una gorra con visera de color azul y el logo de un equipo deportivo local, la llama haciéndole señas, tendido desde un cajón de verduras en medio de la multitud que va y viene. A medida que Hestia se aproxima, el joven se pone de pie de un salto y se inclina para buscar una camisa desvencijada que se coloca enseguida y abrocha

los botones que todavía tiene. Hestia piensa que es un ejemplar interesante, y quizás lo bastante tonto y sin nada que perder como para arriesgarse con Illya. El muchacho simiesco se coloca unas zapatillas deportivas abiertas a los costados y con las lengüetas hacia afuera, los cordones pasan por debajo. No necesita atarlos. Está listo como para una cena de gala en el barrio cloacas cuando Hestia se coloca delante de él. Le hace una caballeresca reverencia a la mujer e intenta besarle una mano, las cuales Hestia esconde inmediatamente tras su cintura.

–No vine por una propuesta de placer sino por una de trabajo. –Hestia sonríe enseñando lo mejor de sí.

El muchacho abre los ojos como sorprendido, y colocando sus manos sobre los hombros de la mujer, mira en todas direcciones.

–No me hable de ello en público. Hay agentes detrás de mi cabeza, infiltrados en el gentío. –Dice el muchacho.

–Bien. Entonces permítame llevarlo a mi casa.

– ¿Para qué? ¿Para matarme? –El muchacho retrocede unos pasos con rapidez y espeta. – ¿Cómo sé que no estás con ellos?

Hestia levanta sus manos para implorar calma y control. Le muestra dos rupias y una hogaza de pan.

–He traído esto para regalártelo, aceptes o no trabajar conmigo.

El joven inclina su cabeza a un costado, dubitativamente. Dando unos saltos llega hasta la mujer y toma las rupias y la hogaza que le ofrecen. Luego retrocede nuevamente mientras devora el alimento.

– ¡Muchas gracias, señora! –Dice el muchacho simiesco con la boca atiborrada de masa de pan. –Ahora, sí. Acompáñeme a donde podamos hablar.

Hestia le sonríe.

Lo sigue hasta una pared desnuda donde se abre una grieta. La atraviesan y se desvían por corredores tortuosos donde vahos amoniacales le dificultan seguir el rastro del joven. Finalmente, los pasillos se abren en una serie de recámaras con distintos mobiliarios en estado herrumbroso. Se detienen. El muchacho indica por señas a Hestia que ya están a resguardo y puede hablar.

–Muchas gracias. –Dice Hestia jadeante y tomando aire de a poco para acostumbrarse a las emanaciones tóxicas.

Enseguida comienza a contarle su historia. No toda, sólo la parte donde lo necesita. Le habla de la pelea que están armando los apostadores, le cuenta que la

cifra que se espera es mucho mayor de lo que le han dicho, le ofrece el treinta por ciento de la ganancia en las apuestas y otro treinta por ciento tras la ventana. Las pupilas del muchacho dibujan dos eses verdes surcadas por una recta vertical.

Presa de la excitación por lo prometedor del negocio, el muchacho asume una actitud trascendental. Apoya en el hueso del muslo la mano derecha, puros huesos cosidos con fibras nerviosas, y dice:

–Creo que podría aceptar si me aumenta la comisión un diez por ciento.

– ¿En las apuestas? –Hestia pone una mueca de disgusto.

–En ambas.

Una rataracha seguida de varios ratarachitos repugnantes cruzan los suelos de la recámara. Hestia los observa con repugnancia mientras piensa que quiere salir de allí inmediatamente.

–Muy bien, joven. –Dice Hestia. –Le daré un cuarenta por ciento si decide colaborar. Pero si piensa que esto es una puja y que voy a ceder un centavo más ya mismo abandono esta cloaca.

Hestia comienza a volver sobre sus pasos alejándose de las alimañas subterráneas pero no sabe en qué dirección dirigirse.

–No se afecte, señora. –Dice el muchacho. –Le darán mareos.

Hestia parpadeó varias veces intentando distinguir algo más que pasillos extensísimos de inciertos destinos abriéndose en distintas direcciones. Resplandores de luces lejanas iluminan su cabeza en distintas direcciones mientras gira en una circunferencia perfecta.

–No sé en qué dirección ir. –Dice al fin. Siente la sofocación del espacio cerrado y el sudor perla su frente.

El muchacho simiesco sonríe enseñando una boca desdentada.

–Vamos, que las oficinas siempre tienen eso de perderlo a uno. –Dice luego. –Primero necesito cumplir con las formalidades.

Antes de poder reaccionar, el muchacho le toma la mano y la hace un pequeño corte en la palma. La sangre fluye. El muchacho repite la operación en su mano y la junta a la de la mujer. Hestia cierra los ojos con repugnancia sin ánimos a detenerse en pensar en nfermedades venéreas.

–Es un trato. –Dice el muchacho un segundo después y la suelta. Hestia se lame la herida instintivamente sin comprender del todo lo que ha ocurrido. –Ahora siga por ese pasillo y luego las indicaciones del mapa.

El muchacho señala a su izquierda con una mano y con otra le extiende un papel manchado repleto de dobleces.

–Los agentes de la OMS que me buscan de seguro estarán del otro lado. Los evadiré y ya volveremos a vernos.

Hestia inspecciona el mapa con detenimiento siguiendo una línea azul que indica la salida al exterior.

–Llegará antes si parte ahora mismo. –Dice el muchacho.

Hestia asiente con un gesto de cabeza, aturdida. Mira una vez más al muchacho, intentando recordar los rasgos de una personalidad tan particular. Finalmente, nota haber omitido lo más importante.

–¿Y su nombre es…?

El muchacho sonríe otra vez.

–Qooal.

Hestia frunce el ceño, desconcertada.

–El que usan para llamarlo. –Replica. –O como guste que lo llamen.

La sonrisa continúa en el rostro del muchacho.

–Qooal. Me llaman Qooal.

Hestia pone cara de asombro y luego entiende lo que el muchacho quiere decir. Sonríe ella también. Eso corta con la presión que el ambiente le transmitía unos momentos antes, cuando se sentía como joven ateniense en los múltiples recovecos existentes a lo largo de los desagües del laberinto de Minos.

–¿Es broma? –Hestia pregunta con una sonrisa.

–Quizás. –Qooal responde con parquedad. Su humor ha cambiado drásticamente. –Pero puede llamarme así para mantener las distancias, ¿no cree? El resto no importa. Hemos firmado un pacto de sangre y eso es lo único que respeto.

El tono solemne de Qooal dista mucho del joven relajado de momento atrás. Repentinamente Hestia siente más deseos que antes por salir de allí. Vuelve a indicar el pasillo señalado por el muchacho unos segundos atrás y pregunta si es el indicado.

Sin decir palabra, Qooal asiente con un movimiento de cabeza.

–Siga la línea azul del mapa. La copia es vieja pero el trazado es fuerte. No puede perderse. Siga adelante y no mire atrás ni a los costados. Estará fuera antes de lo que imagina.

Hestia asiente y desaparece por el camino indicado. Avanza por la estrechez hedionda una vez más, consulta el mapa cada segundo y gira en cada una de las

indicaciones. A las pocas vueltas se desorienta. Gira el mapa creyendo que a lo mejor lo ha estado mirando del lado equivocado. Ahora ya no sabe en qué dirección ir. Vuelve a colocarlo en la posición tenía al principio. Gira dos veces a la derecha y tres a la izquierda. Atraviesa otro estrecho pasillo con grietas que se abren a sus lados. Un resplandor rojizo, tenue, le da en los ojos. Se apresura. El pasillo culmina en la zona de los esclabañiles de Babel–3, a escasos metros de su hogar.

Avanza los trescientos metros que la separan con paso lento y fijando su mirada en todo esclabañil que se le cruza, como si fuese la primera vez que ve otros seres como ella o como si de repente hubiese vislumbrado un destello terrible de la fragilidad que encerraba toda aquella maqueta que generaciones y generaciones habían comenzado a edificar con un objetivo que cada vez se aplazaba más y se entendía menos.

Agstn la observa desde la ventana de la casa, y la recibe de brazos cruzados y rostro endurecido cuando la ve entrar arrastrándose, confusa, con toda su ropa manchada y su pelo revuelto.

–Supongo que habrás conseguido algo más que polvos y alfalfa, ¿cierto?

Hestia observa a su querido como si fuera la primera vez que lo viese en muchísimo tiempo. Lanza un suspiro que no tarda en volverse un lloriqueo leve a la vez que se abraza al cuello de Agstn.

El hombre la aparta de un empujón y la mujer cae al piso. Ha notado el corte en la palma de su mano y se limpia el cuello manchado, asqueado. Únicamente Illya se acerca a Hestia para dejarse acariciar, como queriendo consolarla.

*

Con un bloc de papel rayado, una pluma, un tintero y una hoja de papel secante, Qooal se presenta en casa de Agstn al día siguiente. Hestia lo hace esperar en la entrada hasta que convence a su querido de que los propósitos del joven no son la infidelidad. Con disgusto, Agstn accede a la petición de la mujer, pero no sin irse a la taberna a ver televisión dando un portazo que hace temblar las precarias paredes.

–Se le pasará. –Dice Hestia a Qooal con una sonrisa.

El muchacho simiesco se encoge de hombros y tuerce la boca.

–No me interesa. Comencemos lo nuestro. Dígame, la fecha de hoy es... –Apoya su bloc contra la pared mientras sumerge apenas la pluma en el tintero.

–Zeta–efe en tres decenios. –Responde Hestia maquinalmente.

Qooal anota con una aplicada compostura, sosteniendo con una misma mano la pluma y el papel secante, la columna vertebral en ángulo recto, vertical, para favorecer la respiración y mantener el calor circulante desde los pulmones y el diafragma. La temperatura desciende en la habitación, el frío entra por las muchas rendijas de la casa. Mantenerse erguido es preferible a quedarse fijo en un lugar a menos que uno tuviese a mano una buena cantidad de mantas y abrigos. La Compañía Monsanto ha cumplido su promesa de limitar al máximo las condiciones necesarias para la vida. Es un invierno duro. Y puede durar lo que Monsanto disponga.

Hestia piensa en lo bien que le haría contar con algo de leña en un momento así y en la ocurrencia de Agstn aquella mañana por utilizar el inodoro como hogar para mantener la casa cálida. Había quemado papel, bolsas plásticas, harapos que solían usar como ropa, basura… Pero la idea no resulta funcional en absoluto y antes de alcanzar el mediodía el vaho se forma en sus bocas mientras hablan.

– ¿Cuál es el nombre del ejemplar?

–Illya

Qooal toma nota.

– ¿Y dónde está? ¿Duerme aquí o…

Hestia no lo deja concluir:

–Por supuesto, duerme aquí... Vamos a verla…

Se dirigen al vestíbulo donde la pequeña Illya degusta una ración de alfalfa. Qooal se inclina con las palmas extendidas en dirección a la pequeña unicornio alada para generar confianza. Illya se deja acariciar la crin.

–Es un tipo de unicornio. –Anuncia Qooal y estampa el dato en el papel. –Son ejemplares con muchas cualidades, pero su punto débil son las patas traseras. Habría que colocarle una prótesis…

Hestia se alarma:

– ¿Una prótesis?

Recapacitando sobre los costos de una operación así, Qooal agrega:

–O una armadura con modificaciones, quizás. No lo sé aún. Estoy pensando en voz alta, disculpe.

Hestia guarda silencio y se aleja unos pasos para pasar a ser espectadora. Observa cómo Illya se acerca un poco más cada vez a las piernas de Qooal, frotando

su cuello en busca de más caricias en su crin. Qooal sonríe con su risa desdentada y complace al animalito.

Los celos se reactivan en Hestia e, inconscientemente, se acerca a Illya con una manta de lana, la levanta entre sus brazos a la vez que la envuelve. Percibe la profunda respiración equina en su cuello. Y, por estos mismos celos, tampoco puede evitarse cuestionar a aquel simiesco joven que supo perderla en los túneles.

–Pensé que ibas a entrenarla, no que la querías enamorar.

Hestia sonríe pero no hay un ápice de alegría en su modo de pronunciar las palabras, sino todo lo contrario.

–Por favor, señora. –Dice Qooal. –Estoy buscando generar un clima de confianza con la criatura, no puedo comenzar de golpe, ¿o quiere que Illya malgaste toda su energía en un combate a muerte conmigo?

Hestia baja la mirada e inclina las comisuras de sus labios arrepentida por su comportamiento. Luego le extiende a Illya, así envuelta como la ha acomodado, su cabeza y cuerno, diminutos, asomando por uno de los extremos de la lana le dan un aspecto adorable. Qooal la recibe entre sus brazos. En aquel preciso instante, golpean a la puerta. Hestia entrecierra sus ojos preguntándose quién podría ser, tan de improviso y tan inoportuno. Avanza al vestíbulo y los golpes vuelven a sonar, esta vez un poco más fuertes. Hestia se asoma por la mirilla. Es Ruptus. Lleva un traje de una pieza que moldea su figura manteniendo sólo las partes más vigorosas. A Hestia le parece que es uno de los trajes de la Compañía Monsanto que utilizaba cuando ocurrió el accidente de Illya. Vuelve a golpear la puerta, esta vez con más fuerza y la bisagra que aún servía se desprende; golpea una vez más y Hestia comprueba que el nudo que Agstn ha hecho con alambre es bueno pero provisorio.

Del otro lado, el coloso continúa golpeando, y la puerta ya está bastante salida como para que pueda verse el interior y que Hestia se encuentra en casa. Al final, la puerta se desprende, y Hestia, con mirada rabiosa, increpa al añejo gigante:

– ¿Qué hacés, animal? ¿Esperás que vuelva recibirte después de todas tus locuras?

Ruptus se acerca con una vitalidad jovial que le brinda el traje especial que lleva puesto.

–Me voy. Vine a llevarla conmigo.

– ¿A mí? –Hestia se siente halagada, sonríe y se acomoda el pelo.

–No sea idiota. A Illya. Déme al unicornio.

Hestia abre los ojos y deja escapar una grosera carcajada como las de su querido. No puede dar crédito a lo que acaba de oír.

– ¡Pero si usted me dijo que era imposible!

–Entienda, ya no lo es. Sólo yo puedo darle una solución.

– ¿Y cuál es la solución?

– ¡Eso a usted no le importa! –Aparta de un violento empujón a Hestia, quien sale disparada contra una estantería al fondo del vestíbulo.

Ruptus entra al cuarto agachando la cabeza y mira en derredor. No tarda en encontrar a Illya en brazos de un joven con aspecto de chimpancé. Cuando Qooal ve los colores del traje entra en pánico y, cerrando los ojos, espera la lluvia de metralla sobre su carne. Pero no hay descarga alguna, sino un hombre canoso y gigantesco abalanzándose sobre él en cámara lo suficientemente lenta como para esquivarlo, pero con un dispositivo de efectos hipnóticos directamente a sus retinas: no puede moverse del sitio donde se encuentra.

Ruptus toma a Illya quien se resiste pero de inmediato queda inmovilizada por la fuerza del viejo coloso.

–Vámonos. –Le dice con dulzura, para mostrarle que no le hará daño alguno. En ese preciso instante, Hestia recupera el conocimiento y observa la escena en la esquina de la sala. Hecha una furia, siente sus celos reaparecer a brindarle la energía necesaria para volver al enfrentamiento con aquel engendro violento y desagradecido que tantas veces la había ofendido.

*

La conexión satelital se ha cortado y Agstn se aburre de leer el cartel gris de letras blancas que dice SIN SEÑAL sobre un fondo negro. El tabernero reinicia el aparato pero nada sucede.

–Quizás con las ganancias que saque de la yegüita le pueda dar algo para que se conecte a un mejor satélite. –Le dice al tabernero, ebrio de visión, mientras deposita tres rupias sobre la barra, frente a su vaso sin tocar. Luego se pone en pie, algo mareado y confuso con su entorno. Camina en busca de la salida pero unos hombres lo detienen y se deja llevar hasta una mesa al fondo. Le dan una silla y se encuentra rodeado por un grupo de siete hombres de bigotes, camisas, sacos y

sombreros de ala. Apostadores. Se imagina de qué se trata. Le preguntan por qué su mujer no se ha presentado y cómo van los preparativos con el espécimen.

– ¿Cómo? –Pregunta Agstn, desconcertado por la última palabra.

–El animal de pelea que tiene su querida. –Le traduce uno a su derecha.

Agstn sonríe y trata de mostrarse al tanto de cada detalle:

–En perfectas condiciones, señores. No hay de qué preocuparse. Hemos conseguido un joven pero muy prometedor entrenador que en pocas horas ya ha hecho varios avances con nuestra Illya. Es un espércimen muy inteligente, ¿saben? Tendrían que ver la alegría con que aprende esas tomas de lucha. Fíjense, esta mañana le enseñaban a hacer la doble Nelson y después la triple Nelson, y uno podía casi ver que se le dibujaba una sonrisa en la punta del hocico, como si tuviese labios. Y después que aprendió a hacer la novena Nelson, esa que se hacen los católicos, todavía se la veía entusiasmada como si su entrenamiento apenas hubiese empezado...

Uno de los hombres golpea la mesa e interrumpe el monólogo de Agstn.

– ¡Oiga, deje de decir sandeces! ¿Acaso se cree que somos estúpidos? Queremos saber por qué no se ha presentado su querida. Estamos al corriente de que ha contratado a un paria como entrenador, que le ha propuesto una parte considerable de las apuestas y que usted no sabe nada, ni de combates ni del arte del engaño.

Agstn se repliega al respaldo de la silla mientras las miradas y los rostros de aquellos hombres se inclinan para rodearlo amenazadoramente.

–La vida es dura, camarada. –Le dice el que ofició como traductor mientras le suelta una bofetada. –Dígale a su mujer que la esperamos mañana a las ocho en punto para el evento. Que venga con ese entrenador y con su espécimen. Que sea puntual. Y que si hecha para atrás…

El hombre no termina la frase sino que se desliza un índice por el cuello.

Agstn sale a la calle mientras escucha la risa de aquellos bravucones. Deambula por el extenso piso, pensando en nada, viendo cómo las habitaciones devenidas en pensiones se transforman, un poco más allá, en comercios superpuestos; una zapatería y una carnicería en un mismo espacio, por ejemplo; o un teatro y un supermercado a la vez, donde repositores y cajeros interpretaban a los clásicos griegos como Shakespeare o Calderón de la Barca entre góndolas y changuitos. Con ejemplares como aquellos, Babel–3 parece un cajón de sastre para la humanidad antes que un complejo futurista. Agstn decide volver obre sus pasos y regresar al hogar cuando ve, en la esquina siguiente, el revuelo del desfile de una comparsa.

Poco después llega su casa, para encontrar una vez más la puerta fuera de lugar. Entre maldiciones, escupe al suelo tres veces antes de entrar, pero lo que le espera dentro le hace dar ganas de escupir unas cuantas veces más. Inmóviles como estatuas renacentistas, Hestia y el muchacho que se había presentado aquella mañana, permanecen tiesos con la mirada fija en la pared. Hay bastante desorden y temiendo la deshonra, Agstn espeta a su querida:

–¿Se puede saber qué están haciendo?

Y entonces, sólo entonces, cuando escucha otra voz dirigiéndose a ella, Hestia consigue salir poco a poco de aquel estado entre la vigilia y la somnolencia en la cual había sido puesta, en cosa de un segundo, cuando el inconmensurable Ruptus giró en su dirección para ser sorprendido por un golpe en la cabeza con un tocón que Hestia había alzado presa del pánico y descargado sin apuntar sobre su contrincante. El golpe es tan fortuito como calamitoso, pues el mismo golpe que deja fuera de acción al coloso envía el cuerpo desmayado al suelo, donde acaba aplastando una de las patas traseras de Illya. El animalito enseguida empieza a chillar de dolor. Tiene una pata rota. Agstn aparta a los empujones el cuerpo desmayado mientras su querida recupera la compostura y sacude al joven simiesco que, sin dudas (según cree Agstn) es el responsable de toda aquella discordia. Pero no puede ni quiere discutir. Los lamentos del animalito en el suelo perforan los tímpanos de todos y Hestia se lleva las manos a los pelos por no saber qué hacer mientras Qooal se aproxima a Agstn, quien pronto se dirige a su cuarto para revolver entre los cajones. Encuentra una ampolla con morfina y la inyecta en el músculo de Illya.

– ¿Qué lleva ahí, doctor? –Pregunta Qooal con ironía y sin obtener más respuesta que un carraspeo despectivo. – ¿Está al tanto de las posibles reacciones adversas que podría experimentar su paciente?

El dolor cede ante una sensación de euforia y placidez, es una solución efectiva pero provisoria. Illya comienza a lamer la mano de Agstn y el hombre sonríe. Jamás le han gustado las mascotas y nunca antes había hecho algo para ayudar a uno. Ahora había reaccionado presa del instinto y lo embargaba una satisfacción que no conocía cuando dirigía sus actos regido por su propia autodeterminación. Acaricia la crin de Illya y su esposa se acerca por detrás, sonriente por la actitud tan cariñosa de su querido. Jamás lo había visto así. Por primera vez ha traspasado, sin proponérselo, las barreras de la celda del ego. Pero enseguida nota que estar fuera de su celda no le es agradable, y si bien la sensación fue agradable, es dentro de la celda

donde las acciones acarrean consecuencias mesurables por la propia vara ilusoria. Aprieta cada vez un poco más el cuello de Illya hasta que la presión resulta desagradable y la pequeña unicornio intenta zafarse. La deja escapar con una sonrisa de satisfacción sádica, cruel.

–Ahora ya no sirve. –Dice, como si fuera un objeto decorativo, mirando a Hestia. La mujer observa horrorizada la pata doblada con un bulto sobresaliente y la mirada adormecida de Illya y deja escapar un grito abriendo su boca exageradamente. Por detrás, Qooal examina la situación.

–Lamentable. –Dice. –Una verdadera pena. –Y tras rascarse la barbilla y recapacitar un momento se dirige a Hestia: – ¡Pero igual quiero el dinero que me prometió!

La mujer lo mira, asustada, y Agstn interviene derribando de un golpe directo al joven simiesco. Qooal sienta su trasero en el suelo y Agstn lo señala, amenazante:

– ¡Volvé a reclamarle algo a mi querida y te mato! ¡Págame lo que debes por pasar tiempo con ella!

Hestia lo contiene tomándolo del brazo, sintiéndose protegida por primera vez por aquel que había tomado como querido.

– ¡Por favor! ¡Fue mi culpa! –Lloriquea Hestia, soltándolo, dejándose caer al suelo, de rodillas, y tomándose los cabellos como si quiera arrancárselos – ¡Debí haberle abierto! ¡Y ahora Illya está lastimada!

Qooal se pone de pie lentamente mientras se sopesa la zona golpeada. Aprovecha que el hombre va a consolar a su querida para acercarse a Illya y examinar la herida. Frunce el ceño y enseguida vuelve a envolver al pequeño unicornio en su manta roja. Le lame las manos con los ojos entreabiertos. Qooal se gira y se aproxima a la pareja. Agstn junta sus cejas y cierra sus puños pero su mujer lo retiene de nuevo. Qooal le habla a Hestia:

–Señora, le sugiero lo siguiente: podemos entablillarle la pata, ponerle una coraza protectora y presentarla al combate con algún estimulante que la ayude a soportar el dolor.

– ¿Qué? –En la mente de Hestia, todo ya había concluido. Pero parecía no ser del todo así.

–Le propongo una cosa. –Dice mirándose la punta de los dedos.

– ¿Qué? –Hestia se coloca justo frente a Qooal.

–Vayamos a visitar a mi hermano Khommo, él es herrero. No nos vemos hace tiempo y ya no recuerdo qué disputa nos separó. Pero estoy seguro que una mujer con sus cualidades puede convencerlo. –Qooal abre mucho los ojos y parece hipnotizar a Hestia, quien permanece inmóvil mientras el muchacho simiesco acaricia a Illya entre sus brazos a la vez que se acerca más a ella. – No puedo explicarlo bien, pero lo sé. Hace tres días, antes que usted me encuentre, no era sino un pordiosero enloquecido por distintas sustancias… Una noche tuve un sueño mucho más vivido que de costumbre, un fuego en el cielo me decía que mi propósito en la vida era servir en entrenamiento a las criaturas… Me pareció muy raro eso… No lo entendí del todo hasta que llegué aquí hace un momento y pude ver a Illya. –Qooal bajó la vista para observar a la pequeña unicornio. –No sé cómo explicárselo. Todo era una farsa. Lo de tomar notas y mis papeles... Todo lo hice porque cuando usted se puso en contacto conmigo la noche anterior yo había soñado que una voz me decía que yo debía ser aquello que usted creía que yo era. En cualquier caso, yo no sabía qué ser, pero la sincronizad entre su parecer y la apariencia originada en el sueño, así como mi sumisión general ante la vida, me permitieron adoptar la forma esperada sin mucho esfuerzo… Hasta que vi a Illya y comprendí que todo esto era más que un simple trabajo, una simple obligación… –Sin dejar de acariciar la crin, concluye. –Es un sacrificio.

Hestia escucha la extensa explicación asintiendo de vez en cuando y comiéndose las uñas. Agstn escucha primero con desdén y luego con algo más de interés. Cuando el chimpancesco joven menciona su sueño, Agstn recuerda, de golpe, un sueño que lo desveló de su letargo de somníferos poco antes de que Hestia apareciera con Illya. Sumergido en su memoria, no espeta excusa alguna cuando Hestia anuncia a Qooal:

–Muy bien. Hagámoslo.

El joven sonríe sin dejar de acariciar a Illya.

–Pero, por desgracia, tendremos que hacerla luchar, ¿sabe? –Qooal transforma su rostro en una mueca de pena. –Esa será la prueba que deberá superar por sí misma.

–Pero, ¿por qué? Si no está en condiciones… –Hestia exige respuestas.

–Señora, usted sabe que Illya no es un animal doméstico, ¿cierto? Es un animal de combate. Necesita descargar su energía violenta de modo controlado. En otro caso, usted sabe, estas criaturas son sacrificadas pues presuponen calamidades de todo tipo…

Desde luego, Hestia está al tanto de todo ello.

–Es por ello que debemos emplear todos los elementos para que cumpla con su destino de lucha.

Hestia asiente en silencio, con los ojos cerrados, dándole la razón al otro.

Qooal sonríe. Aún no sabiendo nada de entrenamiento ha logrado convencer a la mujer para mantener el trato. Sabe que, de una manera u otra, obtendrá su paga.

Agstn observa a su querida y al muchacho salir de la casa esquivando al caído Ruptus en la entrada. Piensa que ahora es su turno de hacer la limpieza.

*

–Primero acérquese usted a él. –Dice Qooal y sin demoras añade con seriedad: –Y no me mencione en absoluto.

Hestia mira a Qooal quien le señala un galpón de chapas al final del pasillo. Le entrega a Illya y, una en los brazos de la otra, avanzan entre la multitud apiñada de esclabañiles y metalúrgicos, Hestia se abre paso hasta el taller del hermano de Qooal. No tarda en encontrar a quien busca. Los rasgos simiescos se repiten en una cabeza calva de ojos azules y nariz chata.

–Disculpe, buenos días. –Hestia reúne coraje a la vez que larga un suspiro. –¿Usted es Khommo?

– ¿Quién quiere saberlo?

El hombre no deja de manipular unas pinzas dentro de un inmenso horno. Retira las piezas a medio cocer y las deja descansar. Luego introduce otras y esparce una sustancia pétrea sobre las que descansan. Hestia observa todo a detalle, el calor sofocante, el torso desnudo del herrero, sus músculos torneados naturalmente y un color tostado, su vientre recto, chato, con un poco de pelambre naciendo desde la punta inferior de su ombligo y descendiendo a un bulto incipiente que Hestia no tarda en imaginar como salada delicia. El hombre repite la pregunta en un tono menos cordial.

–¿Quién anda buscando a Khommo?

Hestia se encoge de hombros y responde con timidez:

–Yo.

En ese momento el hombre detiene su labor momentáneamente y observa a la mujer. Se acerca a ella. La huele. El pelo, el cuello, su ropa, sus piernas, la punta de

sus pies. Terminada la inspección Khommo se pone en pie con el ceño fruncido y enseña los dientes a la mujer.

–Retírese. A usted la envía el traidor de mi hermano. No quiero tener nada que ver con él.

Hestia escucha con asombro el impecable dictamen del herrero y queda aturdida. Illya comienza a sacudirse dentro de su manta, alguna molestia habrá regresado a su pata y la mujer toma conciencia de inmediato que cuenta con poco tiempo.

–No sé de qué habla. –Miente Hestia esbozando una sonrisa de desconcierto.

– ¿De verdad? ¿No estuvo con un delincuente que se parece a mí pero más negro y sin dientes?

Hestia mueve su cabeza negativamente poniendo una mueca de desagrado. La expresión causa gracia al herrero y Khommo suelta una carcajada.

–Tiene unas caras muy graciosa, usted. –Khommo sonríe. – ¿En qué prostíbulo dijo que conoció a mi hermano?

Hestia deja escapar una risotada grosera.

–Ojalá... Pero las mujeres como yo no entramos nunca a esos lugares. Ahí van las que tienen suerte, conocen a un querido de plata y pasan a una buena vida...

Hestia habla de un modo lacónico, lastimoso, y Khommo se compadece un poco de aquella mujer que culmina la flor de su edad e intenta utilizar al herrero como terapeuta. Pero Khommo no tiene mucho tiempo más por delante y, abalanzándose sobre Hestia, y sin que ella suelte por un segundo la manta donde envuelve a Illya, aprieta sus muslos, la sube sobre una repisa y la penetra de súbito. En seco. Hestia hace una mueca de dolor cuando el herrero entra con la dureza de un hierro candente, pero la humedad no tarda en fluir entre sus muslos mientras el miembro entra y sale, como una máquina. Apenas unas sacudidas más y Hestia siente el cuerpo del hombre sacudirse y buscar recostarse sobre ella, pero recuerda de inmediato que Illya está sobre sí y aparta al hombre, quien, agitado, se deja caer al suelo unos instantes. La mujer se acomoda el vestido levantado y luego el cabello. Khommo se pone de pie y enciende un cigarrillo. Observa, por primera vez, la manta que lleva Hestia y que se mueve cada vez más inquieta. Ve dos pequeñas orejas emerger primero, luego patas. Ver el cuerno lo deja boquiabierto. Cuando emerge la cabeza de Illya y puede contemplar todo el conjunto, la expresión de Khommo es de total asombro y, señalando al animal, dice:

– ¡Conozco a este animal! ¡Tenía uno así cuando era pequeño!

Su expresión es emotiva y recuerdos de amistad infantil afloran en su mente. Se acerca a Illya pero Hestia se interpone en su camino.

–Se escapó un día, ¿sabe? – Khommo le cuenta un episodio penoso de su vida con lágrimas en los ojos. –Dejé el portón abierto y se fue… O alguien se lo llevó… Nunca supimos. Lo más probable es que nuestro hermano lo haya vendido… O que, quizás, lo haya recuperado ahora… ¡Y quiera extorsionarme con usted como intermediaria!

La expresión de desconfianza canina volvió a esbozarse en los dientes apretados que el hombre enseñaba a Hestia con un el ceño fruncido.

–Señor. –Dice Hestia entrecerrando los ojos. –Disculpe, señor, pero le pido que vuelva a calmarse. Ya le dije que no conozco a su hermano.

Khommo le clava una mirada de disgusto a la mujer.

– ¿Pretende que le crea usted en lugar de a mis propias corazonadas?

Hestia se mordisquea la punta de la uña y finalmente dice:

–En absoluto. Simplemente, que escuche por qué vine hasta aquí.

Khommo levanta despectivamente el borde superior del labio, pero con un movimiento afirmativo indica a la mujer que prosiga.

–Es por ella. –Hestia enseña nuevamente a su mascota de combate. –Se llama Illya. La encontré de pequeña en la zona de desperdicios adyacente al piso de la Transformación.

Khommo volvió a cambiar su expresión de enojo por asombro.

– ¡Increíble! La contaminación que dicen que hay en esa zona genera llagas y tumores en las personas. Yo mismo he tratado con varias personas que han trabajado o hacían negocios por aquel lugar. Se rascaban todo el tiempo y la piel se les desprendía en diferentes lugares del cuerpo. Usted no parece poseer esos síntomas, así que dudo un poco de lo que me cuenta. Sin embargo, he tenido un sueño anoche con mi mascota de la infancia. En el sueño bordeaba un pequeño volcán y encontraba un huevo de colores verdosos, fosforescentes. Lo juntaba y lo llevaba entre mis manos. Pocos pasos más adelante el cascarón se rompió y emergió esta criaturita.

Khommo extiende sus brazos en dirección a Illya, pero Hestia no hace ademán alguno para cedérsela. El herrero comprende de inmediato que tendrá que negociar mientras observa la creciente inquietud del animal y los lengüetazos continuos a un bulto hinchado que parece doloroso.

–Muy bien, señora. –Anuncia el herrero mientras rebusca en los cajones de un escritorio. Sabe que dejó una por allí. –Entréguemela un segundo para poder aliviarla. ¡Oh! ¡Aquí está!

Khommo gira en dirección a Illya con una aguja imprudentemente recargada de morfina. De repente se encuentra convencido que el propósito del sueño es profético. Debe encargarse del sacrificio del pequeño animal de su infancia reaparecido en un modo lamentable. Se entrega a su tarea sin dudas dolorosa con absoluta tranquilidad, porque también es cierto, y lo sabe, que morir sólo es otro modo de nacer. Sin embargo, Hestia lo ve de modo diferente: más bien, como la única solución viable.

–De acuerdo. –Dice la mujer mientras desenvuelve a Illya y se la entrega al herrero. –Adelante.

Khommo introduce la aguja con precisión quirúrgica en el músculo que atormenta a la pequeña unicornio. El animalito regresa a su estado de somnolencia y comienza a lamer la mano del herrero, quien sonríe mientras retira la jeringa a medio vaciar.

–Pobre animalito… –El rostro de Khommo expresa pena. –Habría que sacrificarlo… pero no tengo el coraje… Por favor, vacíe el resto de la jeringa usted, señora.

Hestia abre los ojos como platos y de un zarpazo envía la jeringa a espacios recónditos de la herrería donde sólo se oye el cristal al quebrarse contra alguna de las muchas duras superficies que los rodean. Ahora la expresión de sorpresa se traslada al rostro de Khommo, quien no tarda en fruncir el ceño mientras le devuelve a Illya.

–Como usted quiera. –Khommo se sacude sus manos aún con expresión severa. –No soporto ver sufrir a un animal en vano.

–En eso se equivoca usted. –Hestia habla impulsada por el apremio. –Illya es una eficaz arma de combate.

La expresión dura de Khommo dejó escapar una risotada de crueldad e incredulidad.

– ¡Con una silla de ruedas, quizá!

El herrero celebra su broma en soledad mientras Hestia comienza a enfurecerse por la necedad del otro.

–Muy bien, ya que lo dice por eso he venido. Necesito que le construya a Illya una pequeña armadura para sostener su pata rota y presentarla al combate.

Khommo la observa en silencio, entre la incredulidad y la indignación. La interrumpe:

–Usted no tiene corazón, señora. No puede presentar al combate a una criatura en ese estado.

Hestia sonríe:

–Se equivoca usted de nuevo. Desde luego que puedo y lo haré. Debo hacerlo, ¿sabe? Hay en la taberna un grupo de hombres que ya han vaciado sus bolsillos para suministrar una apuesta donde Illya es la favorita. ¿Y sabe por qué? –Hestia se detiene un segundo a pensar en las cualidades de su protegida evitando mencionar algún dato sobre su pasado común. –Es una rareza, como usted sabe, y son criaturas poderosas. Todo su poder reside en ese cuerno solitario que tiene ahí en medio. Allí confluyen fuerzas telepáticas más allá de nuestra comprensión. Muchas noches me duermo pensando si acaso toda nuestra vida no será una proyección producto del cuerno de Illya manipulando nuestras conciencias. ¿Sabe usted que la telepatía puede hacer eso? ¿Modificar las percepciones del propio entorno? Estos pensamientos me perturban tanto como el constante ruido de los esclabañiles.

Aún incrédulo, Khommo replica:

–Piensa usted demasiado, señora.

Hestia le devuelve una sonrisa.

–Por favor, hágame el favor de ayudarme en esto.

Khommo se cruza de brazos con expresión de tahúr.

– ¿Y qué gano yo? Digo… ¿Sabe cuánto cuesta un trabajo como el que me pide? Tengo que fundir el material y comenzar a trabajarlo desde cero para crear una armadura del tamaño de su mascota.

–No importan los costos. Para casos como estos no nos faltan rupias. –Miente Hestia sin siquiera pestañear.

*

Ya de regreso frente a Agstn, su querido celebra la ocurrencia. En su rincón, repleta de morfina, Illya produce un sonido gutural que llega hasta el dormitorio como una sorda conversación humana.

–Ahora lo único que falta es que esa yegüita también empiece a hablar, ¿no? –Agstn mira en dirección a la otra habitación, preocupado. Hestia observa fijamente en la misma dirección, compartiendo el sentimiento.

–Es una unicornio de primer nivel. –Dice. Hace cálculos mientras sorbe una cucharada de su lata de arvejas. –Puede tener lastimaduras graves y aún ser peligrosa. El instinto de supervivencia es muy fuerte en estas criaturas. Probablemente por ello Illya tomó esta forma, ¿no crees?

Hestia mira a su querido con una sonrisa artificial. Él no tiene tantas esperanzas como ella. Piensa en las deudas que los van rodeando, primero con los apostadores de la taberna, luego con el herrero. Pero observa el perfil de su mujer a la luz de la lámpara y su perfil aún resalta, bello. Piensa que esa belleza es lo único que puede lograr convencer a aquellos hombres. Pero también piensa que el riesgo que implica convencerlos a todos tiene un elevado porcentaje de salir mal, más si descubren la herida de Illya. Ha tomado las precauciones necesarias como ocultar a Ruptus en el altillo, atado dentro de una enorme maleta de viaje, con una vía injerta en su brazo y un suero improvisado compuesto en un noventa por ciento por alcohol de farmacia: lo justo y necesario para provocar un controlado coma etílico en el coloso cuyo despertar sin duda complicaría las cosas. Agstn se dice que tendría que haberlo matado, pero carece de la frialdad y la brutalidad suficientes. En realidad, nunca fue más que un picapedrero; pero una existencia metamórfica, o más bien aleatoria, limita los designios al don de la improvisación. Ahora, aquella era su única habilidad.

La alarma de clausura suena interrumpiendo el silencio. Una vez, dos veces, luego se apaga.

–Los supuestos no confirman ningún hecho. –Replica Agstn, pensativo.

–No lo confirman, pero lo alimentan. –Responde Hestia enérgicamente, saltando del catre. Su querido apenas se inmuta por el gesto. –Es como la avaricia en los hombres: se forja en un supuesto al que se aferran como una confirmación. Toda esa energía acumulada en una misma dirección sólo nos puede beneficiar, ¿no te parece?

Agstn pone sus ojos en blanco en cuanto escucha la palabra "energía" y piensa en el misticismo de su querida cada vez que una situación preocupante la rodea. Lo mismo que todo el mundo: cuando la cosa se va de manos siempre se puede imaginar un intercesor. Claro que para Agstn era más sencillo: no confundir lo imaginario con lo cotidiano. Una regla que Agstn veía quebrarse constantemente a su alrededor pero que entendía de un modo más organizado en la proyección de la vieja pantalla de la taberna. Todos los prototipos de la humanidad confluían en aquel aparato que lo

capturaba por la facilidad con la que podía explicarle el mundo. A veces se preguntaba qué pasaría si los televisores fueran de consumo masivo, que hubiese uno para cada habitante de Babel–3, ¿los esclabañiles dejarían sus puestos? ¿La construcción se frenaría?

Duerme mal aquella noche, da mil vueltas en su catre y se cae varias veces. Al día siguiente, mientras comparten una lata de arvejas cocidas como desayuno, la actitud de Hestia es parca, sombría. No hace comentario alguno.

– ¿Qué te pasa? –La inquietud de la pregunta de Agstn es amortiguada por un tono de reproche.

–Nada. –Responde Hestia, ausente.

Y Agstn tiene la impresión de que, por ser su querido, él no necesita mentiras tan elaboradas como el resto de los hombres envueltos en aquellos asuntos de Hestia.

*

–Me preocupa un poco. –Dice Agstn. –Estoy pensando en cuál sería la mejor manera de deshacernos del viejo señor Totski... sin despertar sospechas. –Pone expresión lúgubre a Hestia a la vez que señala el altillo.

–Ruptus. –Corrige ella.

–El nombre no es importante. –Replica el hombre. –Lo importante es evitar a esa bestia humana.

Hestia se muestra de acuerdo y ambos se encaminan en dirección a la escalera desvencijada que da a un minúsculo cuarto donde se acumulan desperdicios de todo tipo. En la pared, con los ojos legañosos, el Cristo Crucificado que ha tomado posesión del lugar hace años, los mira como surgiendo de un largo sueño. Le esquivan la mirada, pero él los busca con la frialdad del reproche en sus ojos. Si pudiese decir algo lo haría, pero hace años también que le removieron la mandíbula de un golpe cuando desalojaron toda autoridad religiosa de Babel–3. Pero el Cristo no es autoridad alguna, apenas un símbolo hecho en escayola, masivamente. Lleva un número de serie en su talón derecho pero no se lo llega a ver. Sin embargo, no está tan loco como para creerse su papel de divinidad terrestre. Sabe que es una estatua y nada más. Claro que puede escrutar el alma de quienes se interponen delante de él y sin problemas se pone al corriente de la situación de Illya, la ansiedad de Hestia, el secuestro de Agstn y el asesinato a cuentagotas que estaban llevando a cabo de modo

ingenuo. Pero no dice una palabra. No puede decir nada. El crucifijo al cual está fijado apenas le permite mover un poco el cuello. Finalmente, se resigna y agacha la cabeza hasta la altura del pecho. Cuando está aburrido se estira en esa posición deseando que la cabeza se separe, pero eso jamás ocurre.

Hestia y Agstn dejan detrás el Cristo Crucificado, y el espacio se vuelve un abismo negro. Hestia enciende una vela y ve iluminado un cartel con una mujer en traje de baile con una pierna descubierta hasta el muslo. Bajo la fotografía, Hestia lee:

–Virgen a medianoche.

Agstn interrumpe la lectura tomando a su querida del brazo, con fuerza. La mueve hasta que la luz de la vela ilumina un enorme bolso de viaje con un candado. Agstn saca unas llaves de su bolsillo y se las entrega a su querida.

– ¿Qué esperas que haga con esto? –Pregunta Hestia, nerviosa.

–No lo sé… Quizás deberías hablar con él… Ha sido bastante razonable las últimas veces, ¿no?

Hestia arrima la luz de la vela al rostro de Agstn, pero no ve rastro alguno de ironía sino seriedad.

–Creí que me pedirías que lo matemos.

Agstn hace una mueca de desagrado:

–Por supuesto que no. Eso sería terrible. Matar un hombre es un asunto complicado: le quitas todo lo que es y todo lo que podría ser.

Hestia gira su cabeza en ambas direcciones, confundida. No entiende a qué se refiere su querido ni tampoco se le ocurre que aquel tipo de cosas era las que aprendía en la taberna, mirando televisión hora tras hora. Gira las llaves sobre su índice e inspecciona alrededor de la maleta. Hay un suero adosado a un lateral y una vía que se pierde en el interior.

– ¿Y esto? –Hestia señala el suero sin tocarlo.

–Provisorio. –Agstn sonríe con satisfacción. –Es para mantenerlo sedado.

– ¿Con qué? ¿Quedaba morfina? ¡Lo mejor habría sido utilizarla con Illya!

Agstn regresa a su expresión parca:

–No creo que la yegüita pueda aguantar más de eso por hoy. Quizás mañana, o antes de que le suba fiebre.

Unas gotas de sudor perlan la frente de Hestia cuando pregunta:

– ¿Qué le echaste entonces?

Agstn deja escapar un suspiro.

–Una intravenosa de alcohol etílico.

Hestia lo mira, atónita.

–De ese modo, y bajo el desmayo, el sujeto entra en un coma etílico. –Explica Agstn. Pero antes de continuar, Hestia lo interrumpe.

–En esas cantidades es venenoso, sobre todo si es una exposición prolongada.

Agstn se llevó una mano al mentón con expresión seria:

– ¿De verdad?

–No sé en dónde estudian medicina los picapedreros… –Hestia aprovecha la ocasión para mofarse de la ignorancia de su querido, tal como él a hecho tantas veces. –Pero de seguro a esta hora Ruptus está muerto.

Agstn abre la boca pero queda en silencio, sin saber qué argumentar.

–Esto es una verdadera humillación. –Dice finalmente, imitando la expresión de un resignado Cristo Crucificado.

La mujer deja atrás a Agstn y sus lamentos para dirigirse hasta el enorme bolso de viaje frente a ella.

–Hay que echar lejos los remilgos y la autocompasión de nuestra casa. –Dice Hestia mientras tomaba entre sus dedos la punta del cierre. –Estoy harta de los mandriles que nos rodean.

Agstn no mueve un músculo.

–Estaremos atascados aquí hasta la muerte a menos que llamemos la atención de algún Comité de Apuestas. Y aún así nos seguiremos rodeando de malandrines, sólo que mejor vestidos, nosotros y ellos.

Pero Agstn no estaba tan seguro sobre las altas expectativas de su querida.

–No sueñes tanto, idiota. Si la yegüita es tan buena como crees, nos la sacarán de las manos tras el primer combate. Con ese dinero al menos podremos adquirir un cuarto en uno de los pisos inferiores. Dicen que son más pequeños, pero están alfombrados. ¿Te imaginas lo bueno que sería para nuestros huesos, después de tantos inviernos artificiales? Allí uno regula su propia temperatura. –Agstn entrecerró los ojos imaginando el confort. – ¿Y sabes qué mas? ¡Hay un televisor frente a la cama!

– ¡Esas son habladurías! –Corta Hestia. – ¡Absurdo! ¿De qué serviría un televisor frente a la cama?

–Podríamos verla al despertar y al dormir. –El tono de Agstn es de entusiasmo.

Hestia abre y cierra los ojos, guarda silencio y se contiene de comentar que también las ideas de su querido son idiotas. Baja la vista hasta el cierre y comienza a abrirlo lentamente, temiendo la irrupción del viejo coloso que duerme en su interior.

Termina de abrir el bolso y observa el rostro arrugado de Ruptus. Parece meditar. Con precaución, se acerca al pecho del durmiente y coloca su oreja. Su cabeza no baja ni sube, tampoco su oído capta sonido alguno. Aprieta luego su tosca muñeca, apenas alcanzando a cubrir la mitad con sus manos pequeñas. Allí donde las venas se cruzan, comprueba, no hay pulso alguno. Mira a Agstn y asiente con un gesto de cabeza indiferente. El hombre cubre su rostro con ambas manos, avergonzado, sintiéndose no ya un hombre sino un dios imprudente al que cualquiera tenía derecho a matar. Imprevistamente, unas lágrimas brotan y un quejido que Hestia jamás creyó oír en su vida de la garganta de ningún hombre. Un horrenda guturalidad aspaventosa de lo profundo de su ser. Agstn pide disculpa a Hestia y baja la escalerilla, llevándose la vela con él, hincándose y persignándose cuando cruza frente al Cristo Crucificado. La mujer lo observa alejarse mientras lamenta haberse vinculado a un cobarde. Luego su atención regresa al durmiente Ruptus, pensando en cómo hará para deshacerse del cadáver. Y se sorprende a sí misma cuando se escucha pensando en la idea de "deshacerse de un cadáver", una situación que siempre le pareció una fantasía externa. Y aunque había visto muchas muertes a lo largo de su vida, la causa de ello siempre habían sido accidentes. Pero entonces se preguntó en qué medida la acción de su querido no había sido también un accidente. Claro que no lo podría explicar con tanta claridad frente a las autoridades, en primer lugar por el sitio donde se hallaba el fallecido. Agachando la cabeza, Hestia palpa el brazo enorme como el tronco de un árbol antiquísimo y cubierto de excoriaciones y cicatrices que le daban a su piel la tosquedad de una corteza impenetrable. Encuentra la vía injertada en la parte superior del antebrazo y, presionando con una de sus manos, toma fuerza para retirar el instrumento. Extrae unos cuantos metros de vía, pero la oscuridad no le permite observar el daño hecho al cuerpo.

–Disculpas. –Dice ella a la completa oscuridad. –Los picapedreros estudian medicina en los baños públicos.

Sonríe mientras lo único que se oye son los lamentos de Agstn. Se pone en pie y se aleja con el suero y la vía para arrojarlas por la ventana trasera, al patio de algún vecino. Y mientras abre la ventana y expulsa los deshechos toma conciencia de que se está deshaciendo con total liviandad de lo que podría configurar la prueba número

uno en un caso de homicidio. Podría, pero no podrá… Porque la imaginación de Hestia flota mucho cada día y le impide percibir la verdadera naturaleza de su entorno. Es su mecanismo de defensa. Lamentablemente, los mecanismos de defensa sólo funcionan a nivel psíquico y en el caso actual de Hestia más le valdría un mecanismo de defensa del tipo físico. Porque Ruptus no está muerto, solamente dormido por el veneno del alcohol; sueño que se interrumpe cuando Hestia acaba de retirar la vía, vigilia que renace mientras sus ojos dibujan la figura de la mujer contra la ventana. Aferrándose a los laterales del bolso, Ruptus lo abre y, de un salto enérgico, queda de pie delante de Hestia, echando espuma por la boca como un perro rabioso.

El coloso aprieta y cierra sus puños en la oscuridad, conteniéndose de matar a puño limpio a aquel par de sabandijas que quieren separarlo de Illya. Sus ojos encendidos con una chispa asesina son dos puntos rojos en aquella lobreguez y Hestia escucha las únicas palabras que brotan una y otra vez de su tráquea con una ferocidad contenida al límite, un dique a punto de reventar.

–Illya… ¿Dónde está?... Illya… ¿Dónde está?... Illya…

Hestia señala con un dedo hacia abajo cerrando los ojos y girando su pómulo instintivamente para recibir un golpe que la dejaría fuera de combate. Pero Ruptus no lo hace. De otro salto desciende hasta la planta inferior, donde Agstn lo recibe con sus ojos llorosos y su rostro, repentinamente, muestra una sonrisa.

– ¡Señor Totski! ¡Qué alegría tenerlo de vuelta por aquí!

Como a una cucaracha, el viejo coloso derriba al picapedrero con un pie y lo aplasta en el abdomen hasta escuchar el tronido de su columna al quebrarse. Agstn grita de dolor y su llanto ahora es de terror.

–Totski ha muerto hace mucho, esclabañil. –Dice el coloso desde lo alto. –Mi nombre es Ruptus, la bestia humana.

Agstn se desmaya y Ruptus avanza hacia la esquina del cuarto donde, delante de un plato repleto de alfalfa, Illya descansa. Duerme. El coloso mira al animal y siente ternura del dormir tan tranquilo. Se detiene a pensar cómo puede ser que no los haya oído. Si realmente se tratase de Illya, no sólo habría despertado al oír los ruidos sino que además hubiese buscado un modo de intervenir. Ruptus lanza un suspiro nostálgico rememorando el modo de ser de aquella hembra salvaje sin dejar de observar a la criatura durmiente en la que ha devenido.

*

Lentamente, Hestia desciende la escalerilla. Pero el ruido de la madera podrida resquebrajándose ante la más mínima presión no le brinda la incógnita que desea. Ruptus gira en su dirección y la señala primero ella y luego a Illya.

–Aquí. –Dice el coloso.

Hestia obedece maquinalmente y se ubica bajo la mano extendida de Ruptus.

–Veo que duerme bastante. Será mejor que la envuelva en esa manta y la cargue hasta mi casa. No me atrevo a tener que despertarla.

Hestia no mueve un músculo, petrificada.

– ¿Qué espera? –Pregunta el coloso, recuperando su furia anterior.

–Tampoco yo quiero despertarla. –Dice Hestia finalmente.

Ruptus sonríe con la misma rapidez con la que una roca hace estallar un vidrio.

– ¿Verdad que es adorable verla dormir? Me da mucha paz poder verla. –Dice, más para sí que para la mujer. –Necesito confirmar su identidad, tengo los viejos registros. Si es realmente ella… –Ruptus lanza un suspiro. –Entonces todo este tiempo ha valido la pena.

Hestia coloca las manos sobre su cintura y replica de inmediato:

–Por supuesto que es ella, ¿cómo no se da cuenta si tanto dice necesitarla?

Pero Ruptus considera que ya escuchó bastantes insolencias de Hestia y se limita a repetir:

–Envuélvala en esa manta que la rodea y sígame hasta mi hogar. Procure no despertarla.

Hestia frunce el ceño.

–Ya querría yo no despertarla, señor. Pero, ¿sabe una cosa? Su irrupción de hoy temprano causó un accidente en la pequeña Illya. Ahora está sedada. Lo mejor sería no moverla hasta mañana, cuando vayamos a casa del herrero.

– ¿Cómo? –Ruptus no entiende la persistencia de aquella insolente y sus puños se tornan blancos.

–Veo que lo conoce. –Hestia asume una mueca de disgusto. –Estará al tanto entonces que es muy bueno en su trabajo. Ha accedido armar una pequeña armadura para las patas traseras de Illya, así podrá apoyarse y volver a moverse. El dolor no cederá hasta que el hueso no suelde, y es muy probable que su pata permanezca

chueca de por vida, pero con la armadura puesta logrará la estabilidad necesaria para entrar en combate, sin dudas.

Ruptus capta apenas la mitad del torrente de palabras que emanan de Hestia. Cada palabra que se le escapa lo enfurece, y cada término que comprende lo hace enfurecer aún más.

– ¿Accidente? –El coloso logra articular la pregunta luego de unos instantes.

–Sí. – Hestia resopla y su expresión de enojo ahora se dirige a él. – ¡Provocado por usted!

Ruptus retrocede unos pasos ante el dedo de la mujer señalando al culpable. Y a pesar de toda su fuerza y resistencia, sabe que si la mujer tiene razón, no será capaz de castigar al culpable sino sólo lamentarse por su propia brutalidad. Enseña sus dientes de tiburón una vez más al rostro de Hestia, pero la mujer permanece impasible. Puede oler la inquietud del coloso, su inseguridad. Ya no le teme. Se aleja unos pasos de él y se dirige a su querido, desplomado en el centro del cuarto.

Agstn está destrozado, pero aún respira. Hestia observa su abdomen subir y bajar en movimientos regulares.

– ¿Qué piensa hacer? –Pregunta Ruptus.

–No tengo idea. –Responde ella parcamente.

Comienza a levantar el cuerpo de su querido en silencio, pero el peso es tal que pronto se rinde habiéndolo movido apenas unos centímetros. Ruptus se acerca al hombre y, antes de que Hestia pueda emitir queja alguna, lo toma de ambos brazos y lo deposita en su catre. El coloso dirige una sonrisa a Hestia, pero ella desvía la mirada de inmediato, ensombrecida.

–Cuide de Illya. –dice Ruptus retrocediendo hacia el vestíbulo. –Supongo que ella es el milagro que necesitan.

Hestia guarda silencio sin observar al viejo coloso arrimándose cada vez más hacia la salida.

–Ya he causado demasiado desorden aquí. –Dice. –Cuide de Illya y yo velaré por su querido aquí en la puerta de entrada.

Hestia continúa sin hacerle caso.

–Me duele asumir que veo un vínculo entre Illya y tu. –Insiste. –No tengo más remedio que pedirle que cuide de ella. Ahora lo sé.

–Bien.

Khommo está con su hermano en la herrería.

–Deprisa, Hestia. Cuida de Illya. –Repite Ruptus, pero la mujer ya no está. –El herrero está a punto.

Hestia se debate entre dos fuerzas contrarias: a pesar de su determinación de cuidar a Illya quiere haber llegado una hora más tarde para no encontrar a aquellos dos.

–Puedo esperar. –Dice como saludo.

Pero el par de hermanos no la oye. Qooal, sentado sobre una mesa, en calzoncillos, fija sus ojos grises en Khommo. Hestia aguarda hasta cuando el herrero calienta un tubo de vidrio con polvos deshidratantes, olfatea el vapor y amenaza con lanzárselo de lleno a su hermano.

–Habría que fusilarte. –Dice Khommo. –El paco es demasiado lento para abortos interrumpidos como vos.

–No voy a discutir, hermanito. Vos sabés más de abortos que yo. –Le dice el muchacho chimpancesco mientras da un salto sobre sus nalgas fláccidas. – Pero yo soy un cardo duro de cepillar.

Y luego, finalmente, se dirige a Hestia:

–Adelante, señora. Después de nuestra última charla no pude evitar venir a cerciorarme el trato que había hecho usted por aquí.

–Eso no es lo que habíamos acordado. –Dice Hestia acariciando a la durmiente Illya de modo ausente.

–Lo sé, lo sé. Pero no puede acusarme por velar por mis intereses, usted sabe.

Khommo, con expresión de furia y sin dejar de enseñar sus dientes, comprende de inmediato. A regañadientes, tapa el tubo y lo mete en una gaveta para alguna otra ocasión. Luego comienza a ordenar su mesa de trabajo. Hestia piensa que de un momento a otro va a echarlos a patadas a ambos.

–Yo, en tu lugar, le pediría cuidar del pequeño espécimen, hermanito. –Dice Qooal. –Las rupias pueden tardar tiempo en venir y no sabes cuánto.

El joven larga un silbido agudo y luego una carcajada maliciosa. Khommo aprieta los puños sobre su mesa de trabajo mirando de perfil a Hestia pero sin dirigirle la palabra.

–De cualquier forma, gracias por el favor que nos vas a hacer, hermanito. –Qooal achina sus ojos en una sonrisa amplia que oculta su boca desdentada. –Es extraño cómo el destino se las apaña para pulir los malentendidos familiares, ¿no crees?

El herrero ve sus propios dientes reflejados sobre una hoja de acero cromado encima de su mesa de trabajo. Suena brevemente la alarma de clausura. Sólo cambio de rutina, sin alertas. Cuando el silencio regresa, Khommo se gira bruscamente hacia Hestia y la espeta:

–Bueno, señora, ¿qué es lo que vamos a hacer con Illya? ¿Empujarla a una muerte segura por unas rupias?

Hestia nota que el joven simiesco en calzoncillos, cruzados los brazos, también está pendiente de su respuesta. Aprieta los dientes.

–Nada de eso, señor. –Dice la mujer sin emoción. –Vengo a que me ayude a cuidarla.

Luego deposita a la pequeña Illya en el suelo donde entreabre los ojos para enseguida volver a caer en su sopor.

–No confío en absoluto en su cuidado. –El herrero habla siempre enseñando sus dientes. –Pero, de algún modo, esta locura que me pide me parece lo más sensato.

–Ya lo sé. –Replica Hestia de inmediato.

Poco a poco, el herrero recupera la compostura. Espera que Hestia diga algo más, pero no lo hace. Se agacha y revuelve una caja bajo su mesa de trabajo. Encuentra unas rodilleras del tipo que solían usar los mineros y las acerca a las extremidades de Illya, calculando las modificaciones a realizar.

– ¿Ya tiene fecha para el debut? –Pregunta el herrero.

–Eso le iba a decir. –Dice Hestia. –El combate es inminente. En cualquier momento los apostadores estarán en la puerta de casa para llevar a Illya al cuadrilátero.

– ¿En cualquier momento? ¿No le han avisado?

Hestia mira al herrero con ironía, sin comprender si el otro pregunta por ingenuidad o ignorancia.

–Nunca avisan. –Dice ella finalmente.

–Así funcionan las cosas en el bajo mundo, hermanito. –Intervino Qooal.

–Usted me ofreció un porcentaje. –Dice Khommo desoyendo a su hermano. –Sin embargo, también me gustaría apostar por Illya.

Hestia se sorprende al oír esto.

–Comprendo que a pesar de su estado es muy posible que salga victoriosa, aunque muy lastimada. Creo que es el mejor provecho que le puedo sacar a esta situación desagradable.

Khommo cierra sus palabras con una mueca de asco sin dejar de trabajar sobre Illya.

–Quiero poner mil rupias por ella. –Continúa mientras el asombro de Hestia aumenta. –Mis ahorros de veinte años. Casi le diría que parecen haberse ahorrado solos con un propósito como este.

–Muy bien. –Dice Hestia. –Arreglado. Creo que es una buena idea que yo también intentaría de tener algún ahorro.

El herrero hace un gesto de aprobación con la cabeza.

– ¡Salvaje!– Dice Khommo con alegría y una sonrisa no del todo fingida. Se pone de pie e indica a Hestia seguirlo por un corredor.

Qooal observa todo el movimiento sin moverse, con una sonrisa provocadora ante las miradas amenazantes de su hermano. Lo dejan atrás enseguida y entran en una pequeña oficina que desentona con la rusticidad del resto de la herrería de Khommo. Allí, el herrero se para frente a una caja fuerte, coloca un código y se abre. En su interior, las rupias se amontonan emanando un resplandor cobrizo.

–Tómelas. Llévelas y multiplíquelas. Yo cumpliré con mi parte del trato.

Hestia guarda las rupias en dos bolsos que acaban mucho más pesados de lo esperado. Qooal se ofrece de inmediato como ayudante. Khommo se irrita y expresa su negativa. Hestia lo convence poco a poco demostrándole que no tienen más alternativa que aceptar su ayuda y ofreciéndole mil promesas como garantía en caso de fallar. Desde luego, Hestia sabe que no fallará. Avanzan juntos hacia la taberna de Phalom, con una bolsa pesadísima cada uno: deben llevarla con ambos brazos.

–Es mucho dinero junto. –Dice Hestia. –Jamás vi tanto dinero junto. No me hace sentir muy segura, ¿sabes?

Pero la mujer encuentra un hermetismo insólito por parte del joven.

– ¿Qué le pasa ahora, Qooal?

En su rostro ya no había rastros de sonrisas ni de muecas burlonas.

–Necesito un médico. –Dice.

– ¿Qué le ocurre? ¡Está pálido! –La preocupación de Hestia es sincera mientras examina a su compañero. El joven permanece rígido, ya no avanza un paso y su rostro se muestra desprovisto de todo interés humano. De repente, Hestia ya no siente estar en presencia de un ser humano sino de un objeto, o un mueble.

–No debimos… hacer tratos… con Khommo. –La voz de Qooal sale áspera, entrecortada.

–No podía hacer otra cosa. –Explica Hestia dejando su bolsa con rupias en el suelo. –Illya necesita mis cuidados.

–Illya necesita alejarse de todos nosotros, de cualquier manera tanto usted como mi hermano no harán nada para impedir su muerte.

–No podemos evitarlo.

–Seguro que no. –Dice Qooal con los ojos fijos en la nada. – Pero le aseguro que viene algo peor… ¿Sabe cómo obtuvo esos ahorros Khommo? No fue por sus trabajos de herrero, se lo aseguro.

*

Khommo no siempre estuvo aquí arriba. Hace años, allá abajo, sí que supo manejarse. Todo comenzó con la tormenta eléctrica, una larga sucesión de truenos y relámpagos en la región que se extendió por dos días. Al finalizar la segunda jornada, una fuere llovizna se dejó caer y eso fue todo. El cielo estrellado podría haber sido el epílogo perfecto, pero, al día siguiente, era imposible no percatarse de una densa y oscura nube, de proporciones gigantescas. El viento no parecía moverla y, si bien su apariencia de nube de tormenta, nadie contempló el fenómeno con tranquilidad.

Pero este hecho le tenía sin cuidado a Khommo. En aquel entonces trabajaba en la recolección de residuos y poco le importaban los acontecimientos celestiales. Sin embargo, tras la tormenta, durante un recorrido no previsto para juntar las ramas que había dejado la breve tempestad, se encontró con algo que lo dejó perplejo: el Parque de Deportes había desaparecido. Había, en su lugar, un inmenso agujero del tamaño de las dos hectáreas que había ocupado el predio.

Estacionó el vehículo y bajó, junto a su compañero, Ragna, un chico humilde de diecisiete años que el municipio había contratado como retorno por favores políticos que Khommo no le incumbían, pero conocía: raterismo. Ragna se acercó peligrosamente al borde, sin contener expresiones de asombro y barbaridades al ver lo ocurrido. Khommo, mucho más tranquilo, contemplo el inmenso agujero desde una distancia prudencial pensando en las posibles víctimas de aquella catástrofe. Seguramente cero. El Parque de Deportes sólo recibía gente los fines de semana, cando alguien alquilaba su salón para celebrar alguna boda o cumpleaños. Aunque, quizás…

Khommo pensó que sería designado para la tarea de retirar los escombros desde aquella abismal profundidad. Se acercó hasta donde estaba Ragna, escudriñando el fondo.

–No se ve nada, don. –Dijo el chico.

Khommo abría y cerraba los ojos ante tal oscuridad, intentando fijar la vista en algo.

Pero Ragna tenía razón. No se veía nada.

El chico se arrodilló ante el agujero, buscó una piedra de tamaño grande y la arrojó a la negra oscuridad. La roca cayó en silencio hasta desaparecer. Los dos hombres acercaron sus oídos, pero no escucharon nada. Khommo se puso en pie, con una sonrisa de ironía ante los métodos del chico.

–Es muy chica esa piedra. –Le dijo. –Tenés que echar algo más pesado.

–Shhh…Don, no la vamos a escuchar sino…

Sin inmutar su expresión socarrona, Khommo empujó a Ragna por la espalda. El chico no tuvo tiempo de sostenerse a nada y, tal como la oca, cayó en la oscuridad lanzando un grito que no tardó en volverse eco y luego silencio, imperturbable, de aquel denso abismo. Khommo no sabía qué pensar, ¿el muchacho había tocado fondo o el agujero era inmensamente profundo?

Pero Khommo era un hombre práctico. No tardó en pensar en los beneficios que le traería aquel inmenso espacio. Claro que las hectáreas estaban en poder del municipio, pero Khommo obtuvo una gran recompensa cuando el Concejo aprobó su idea para depositar los desechos dentro de aquel "misterioso milagro de la naturaleza". Declaraciones de estas características le valieron la simpatía del público y no tardaron en ascenderlo a Jefe de Recolectores. Día tras día, los camiones del municipio descargaban toneladas de desechos que la densa oscuridad engullía con una voracidad que aparentaba ser infinita. Pero, ¿acaso lo era? Luego de cinco años depositando desechos sin llegar a ver el fondo jamás, Khommo creyó que sí. Hasta fraguó la teoría de que el pozo probablemente llegaba hasta el centro de la tierra, donde el magma se encargaba de purificar todo desecho. Claro que, si el magma es fuego, ¿no debería haberse observado un tenue resplandor carmesí en el fondo?

No se veía nada.

Pero confiando en sus propias teorías sobre este prodigio de la naturaleza que era el agujero, Khommo hizo tratos con muchas otras ciudades que tenían problemas

con sus desperdicios. Imitando, seguramente, alguna lección aprendida en un programa de televisión.

Cuando cerró el trato para desechar residuos químicos y radioactivos, decidió invertir en Cosechas Monsanto para no despertar sospechas sobre su creciente fortuna. Había hecho un gran negocio y su recompensa por aquellos años finalmente se materializaba, sólida, en la mole que comenzaba a edificarse: Babel-3. Nada podía opacar su logro.

Sin embargo, ningún estado de bienestar dura demasiado. Un día como cualquiera, sonriendo socarronamente al cielo y su nube oscura, un estruendo fortísimo sacudió la tierra. Khommo miró a su derecha. Como un bólido, una roca acababa de caer, dejando un cráter sobre la loza. Estupefacto, vio luego cómo una pila de huesos humanos envueltos en telas haraposas caía no mucho más lejos.

Khommo gritó: – ¡Ragna!

Pero ya era tarde. El chico no había vuelto solo.

*

–Y ahora quiere otra oportunidad donde un mínimo esfuerzo le permita aumentar su dinero, lo único que le queda.

Qooal guardó silencio unos instantes, sumisamente parco, y Hestia comprendió: por algún motivo que desconocía hacía tiempo que ya no eran humanos: ni sus sentimientos ni sus acciones eran las que la mujer se esperaba.

–No sea impaciente. –Dice ella. –No hay nada de malo en que a Khommo le interese el dinero más que la vida.

– ¿Usted lo cree?

Hestia le clava la mirada, seria.

–Ahora está siendo ingenuo, o pretende serlo. No entiendo su juego. Sólo sé que quiere engañarme. Desde luego, por dinero.

Pero la angustia e incertidumbre que sienten por la suerte de Illya es compartida, y ninguno quiere ver a la pequeña unicornio sufriendo ni siendo lastimada. Qooal abandona su rigidez y sigue avanzando. Hestia levanta la bolsa con rupias, que había depositado en el suelo y, cargándosela a su hombro, se apresura para alcanzar a Qooal.

No muy lejos de allí, Ruptus aprovecha las sombras para salir de compras. Irrumpe en las tiendas de los egipcios y de los persas mientras duermen. Hurta medicinas para Agstn.

–Se pondrá mejor mucho antes de lo esperado. –Piensa Ruptus en voz alta rememorando la tristeza en los ojos de Hestia.

–Que así sea. –Dice Hestia en otro lado, avanzando tras Qooal los pocos metros que quedan hasta la taberna de Phalom.

Antes de entrar, el joven se detiene y se niega a dar un paso más. Anuncia que la aguardará allí, que puede dejarle el dinero a su cuidado. Hestia no cree una palabra del joven y, quitándole la bolsa de rupias, entra al local cargadísima, con una bolsa en cada mano.

No hace dos pasos hasta que se choca con Chien' jugando billar virtual en el salón de ruletas. En el interior el calor parece más intenso a causa de las vibraciones de un rotoso jukebox a todo volumen cargado con infinidad de jingles. Hestia se demora en unos rombos de vivos colores sobre una pantalla horizontal de hule negro en la penumbra de una linterna de petróleo puesta sobre un cajón en el centro de la mesa. Chien' se obstina en perder una carambola. Siguiendo el juego por encima de su hombro, Hestia observa el descenso de los contadores y el viejo apostador lleva la delantera.

–Contra la baranda derecha. –Murmura al oído de Chien'. –Hay un espacio ahí.

Chien' examina la pantalla horizontal. Con sus dedos simula mover un taco invisible mientras las imágenes de la pantalla imitan el movimiento. Aprovecha para meter una mano en el bolsillo y, disimuladamente, extraer una hoja de papel. Se la entrega a Hestia por debajo de la mesa.

–El lugar y la fecha del combate. –Dice.

Hestia guarda de inmediato la nota clandestina. Chien' sonríe complacido por los resultados de su juego.

–Tiene usted la magia. –Dice Hestia fingiendo alegría.

–Es sólo un pasatiempo. –Replica Chien'. Un grupo de jugadores vecinos se conectan como observadores para apostar a favor del juego de Chien'. Para ellos, apostar encierra más placer que el desarrollo de cualquier habilidad, por eso cuando uno se distinguía en algo, le buscan un contrincante y se sumergen en el vértigo de la especulación que no tarda en cobrar dimensiones espectaculares. Hestia se siente

oprimida por todos ellos. Por primera vez experimenta el fracaso, el sobresalto y la amargura del azar.

Chien' sale victorioso.

–Muy bien. –Dice Hestia palmeándole la espalda con delicadeza y disimulando la creciente inquietud ante el rastrillo de madera que junta las apuestas alrededor de ellos. –Creo que le he traído suerte.

Chien' sonríe sin mirarla.

–Esperemos que contagie esa misma suerte en el combate.

Hestia desdibuja su risa en un segundo y agacha la cabeza. De pronto, se interrumpen los estruendos del jukebox. Hestia siente a sus espaldas el crujido seco, articulado y frío de un fusil al ser armado. Comprende que ha caído fatalmente en una redada de la OSM, con la hoja clandestina en el bolsillo. Gira sobre sus talones sin levantar las manos. Y entonces ve de cerca, por primera vez en la vida, al anciano que alguna vez atacó a Illya. De pie frente a ella, con el cañón apuntando y presionando contra su vientre. Es pequeño, arrugado, con manchas marrones a lo largo del rostro y exhala un tufo a cripta ambulante. Hestia aprieta los dientes y aparta suavemente con la punta de los dedos el cañón del fusil.

–Permiso. –Dice.

Se enfrenta a unos pequeños y redondos ojos de cucaracha. En un instante se siente desnuda por esos ojos, inmovilizada, forzada, ultrajada y abandonada.

–Pase usted, señora.

Hestia atraviesa la salida con sus bolsas cargadas de rupias sin que ningún agente haga ademán de registrarla.

*

No necesita acercarse a la ventana para saber que los esclabañiles finalmente se han abierto paso hacia arriba. Lo descubre en las vibraciones del techo mientras prepara la alfalfa para el desayuno de Illya. Después abre la puerta y la visión del patio confirma sus sospechas. Es un patio cerrado, de cemento gris, cercado por las paredes de otros cuartos.

Agstn pide que lo saque en su silla de ruedas para ver el espacio recuperado. Atraviesan el vestíbulo, ahora limpio y con algunos adornos de la cercana navidad.

Illya los observa en el sopor de un sueño extendido artificialmente, aún sin probar su desayuno. Tienen que rodearla para poder franquear la puerta.

–Pobre yegüita. –Dice Agstn aferrándose a los bordes de su silla mientras Hestia lo inclina un poco hacia la derecha. Dirige al animal una mirada sombría. –Ojalá se me ocurriera algo para reanimarla.

Hestia observa el humor de su querido a través de lo que dice sobre Illya. Nada en ella merecía rencor. El entrenamiento aún no ha concluido, pero ciertamente tampoco ha comenzado. El cuello y sus patas cubiertas por una aleación metálica injerta en la piel, la crin con caída hacia la izquierda cubriendo uno de sus ojos, la pequeña unicornio ha adquirido una forma anómala, con una protección reforzada en algunos lugares y muy vulnerable en otros aspectos. Parece una escultura con técnica mixta que relincha muy de vez en cuando y come sólo una vez al día.

–Mira por el patio y olvídate de Illya. –Dice Hestia con el candor de una madre. –En una mañana así dan ganas de sacar las sillas afuera.

Agstn sale al patio pero su rostro no revela sentimiento alguno.

–Me gustaría armar una huertita. –Dice sin dejar de observar el gris cemento. Hestia pone a calentar una palangana con polvos deshidratantes y revuelve con un palo ya sin escoba.

–Tendría que conseguirme polvito marrón. –Añade, lacónico. Falla en intentar recordar la palabra para aquello a lo que se refiere. Toda su vida, quizás, no ha sido más que andar sobre la superficie lisa del cemento.

–Hay que buscar algún vecino que tenga chanchos. –Sugiere Hestia.

–Buena idea. –Dice Agstn con entusiasmo. –Sus deshechos, ¿no?

Hestia asiente con un movimiento ligero. La pareja disfruta como puede de lo que les queda. Hestia ya no necesita somníferos desde que sabe la hora y el lugar del combate de Illya. Piensa que los apostadores la matarán y quiere aprovechar cada segundo de su vigilia para prolongar su vida un poco más. Desde luego, no duerme.

–Tendrías que descansar un poco, querida. Haces mucho por mí. –Dice Agstn en un tono sincero.

–Si apenas tengo que hacer fuerza para que las ruedas giren. –Replicó Hestia. –Lo único que te puedo hacer es compañía.

Agstn guarda silencio, meditando la respuesta de su querida desliza su mirada hacia una esquina del patio. Allí, a unos pasos, Ruptus los mira y oye, sentado en loto, al costado de la puerta, intentando traducir aquella escena. Permanece en un

castigo impuesto por sí mismo. Avanzan las semanas, inmóvil, y parece efectivamente a punto de alcanzar un delirio beatífico. El tiempo no transcurre, es una pura ilusión, se dice el añejo coloso en aquella posición. Los músculos se han adormecido tanto que está convencido que un segundo y ochocientos noventa años valen lo mismo. De sus sienes y hasta su barbilla le crece una barba blanca, rala, que antes solía arrancar con sus propias manos como mala hierba cada mañana.

–Este no tiene salida. –Dice Agstn al fin.

–Al menos salió de su ruta de desastres. –Replica Hestia buscando con mirada reprobatorio los ojos de Ruptus, fijos y ausentes en un punto inexistente. Renuncia a ello y desvía la cabeza. Entonces descubre el carnaval. Reconoce el ruido de latas siendo golpeadas, acompañadas por batir de palmas y griterío. Algo de aquella naturaleza salvaje la reclama, y por un instante se aleja unos pasos de Agstn para ver aquella procesión dionisíaca bajar por unos de los pasillos del ala norte.

–Es el carnaval. –Anuncia al regresar a su querido. –Hacía tiempo que no veía una tropilla de estas por aquí.

–De seguro que los matan cuando lleguen al último piso. –Replica Agstn con parquedad. Pero Hestia igualmente lo lleva fuera, al pasillo, para que pueda verlos. No los ven. Los oyen. Ruidos y griterío entonan una canción báquica en dialectos árabes y españoles.

–Esconde a Illya, querida. –Dice Agstn alarmado. –Los degenerados no conocen límites para sus orgías.

Hestia avanza junto a la silla.

–No es el año del Mono.

–Eso no importa. –Replica Agstn. –Ningún tipo de obreros se resiste al desenfreno.

Se despliegan por el corredor a través de bazares y comidas al paso, entre la turbulencia anónima de los cuerpos y griteríos desordenados que ahogan el tumulto del carnaval que acaba de pasar. Alguien, al cruzar, les dice algo de Illya. Entonces Hestia recuerda el papel con la fecha y el lugar donde deben encontrarse aquel día.

La mujer pasa de largo la taberna y Agstn le llama la atención. Le pide entrar. Hestia complace a su marido y él le hace señas para que lo abandonen delante del televisor. Phalom lo saluda desde lejos, del otro lado de la barra, sin el más mínimo interés por acercarse. Así que Hestia se acerca a él, pero más interesada por los ruidos que vienen del depósito trasero de la taberna. Le entrega el papel que le dieron días

atrás y le abren una portezuela de chapa por donde debe agachar la cabeza para entrar. Un segundo después se halla sumergida en el ambiente de aserrín y humedad del combate. Ve a Illya de inmediato en el centro de la pista. Anestesiada, indefensa, la armadura con abolladuras y un ligero temblor en todo su cuerpo. Siente dolor pero no experimenta emoción alguna. Su adversario es un viejo chikorita con una cicatriz en el lomo.

Hestia pega un grito y nadie la mira. Los apostadores forman un círculo de alaridos e imprecaciones en torno a una serie de asaltos bestiales. Patas y lianas se enredan con relinchos y quejidos en el centro de una ovación alborotada. Lanzado contra las tablas de la barrera, el adversario da una vuelta sobre sí mismo y regresa al asalto. Illya no contraataca, lo deja recuperarse en cada ocasión. Rechaza cada asalto y vuelve a caer exactamente en el mismo sitio. Pero ahora su cuerpo no tiembla.

Qooal salta la barrera y la levanta con las dos manos. La muestra al público y estalla un frenesí de aplausos y gritos. Hestia observa con curiosidad despectiva todo el gentío, y a muchos conocidos que parecen haberse aprovechado fortuitamente de ella. La invade el rencor como una corona. De un salto, cruza la barrera y se planta frente al simiesco Qooal. La observa con ojos tranquilos y su sonrisa burlona, desdentada.

–Buenas, señora.

En un solo movimiento, Hestia quita a Illya de sus manos huesudas.

–Buenas. –Murmura enseñando los dientes. No dice más porque la estremece la palpitación caliente y profunda del animalito. Se le ocurre que jamás ha sentido algo tan vivo entre sus manos.

–En su casa no había nadie. –Dice Qooal, sonriente.

Lo interrumpe otra ovación. Hestia percibe incomodidad. Vuelve a abrirse paso, sin mirar a ninguno, con el aturdimiento de aplausos y griterío hasta alcanzar la calle otra vez, con Illya entre sus brazos.

Toda aquella ala de Babel–3, aquel minúsculo mundo dentro de otro minúsculo universo, se arrima a verlas avanzar por el pasillo en absoluto silencio. Una vieja gitana trepada a una mesa y con una boa enrollada en el cuello vende hierba y sustancias tóxicas sin licencia al final del pasillo. De camino al piso superior, algunos grupos de obreros se han detenido a escuchar su pregón. Pero cuando pasa Hestia cargando a Illya, la atención se fija en ellas. A la mujer se le ocurre que el camino a su casa nunca le ha resultado tan extenso como ahora.

No experimenta emoción alguna. De repente siente que algo del sopor en que yace Illya se le contagia y avanza envuelta en una nube que oculta los rostros. Algunos obreros le tienden la mano y otros directamente intentan aferrarla, pero ella se zafa enseguida y ninguno hace ademanes para forzarla. Hestia se acuerda de otra época. Se ve a sí misma con Agstn aprovechando una noche de lluvia para evadir al espectro de los mil ojos de la OSM. Se acuerda cómo aprovecharon los ascensores para moverse; escondidos entre materiales de construcción hasta alcanzar una altura donde no llegaban noticias de ellos. Y hasta perder la noción del tiempo.

Cruza por un cuarto abandonado que la gente del carnaval ha tomado para poder descansar unas horas. Máscaras y disfraces, inmóviles, se confunden con torsos y sexos, en reposo. Desde el cuartito del fondo que hace de baño, un hombre con el timbre exageradamente agudo grita algo relacionado con el combate. Hestia sigue absorta hasta su casa, todavía escuchando diálogos dispersos, como perseguida por la resaca de las ovaciones dejadas atrás.

Al llegar a su puerta se choca con un grupo de vagabundos durmiendo a pierna suelta. Los despierta a patadas. Se ponen en pie y echan a correr.

– ¿Qué se creen? ¿Qué esto es un hotel? –Su tono es casi histérico. –Vuelvan y los saco a trinchazos.

Atraviesa el umbral y se dirige directamente al patio. Ruptus la mira con el mismo aire ausente de antes. Entonces, Hestia toma casi a ciegas un trozo de una viga abandonada en el patio y la descarga con todas sus fuerzas contra la mandíbula del coloso. Esto hace despertar a Ruptus de su sopor.

– ¡Se la llevaron a la fuerza! –Se disculpó sobándose la zona dolorida. –Les dije que Illya permanecería aquí hasta cumplir mi penitencia, pero no me hicieron caso.

Hestia gira negativamente su cabeza y deposita a Illya en el suelo. Entra y sale del interior de casa con un cuenco rebosante de alfalfa y una jeringa. La deja comer antes de darle su dosis.

–Hicieron como si yo no les hubiese hablado, como si mis palabras no tuviesen la misma presencia ni impusiesen el mismo respeto que mi fuerza. –Continúa el coloso. –Me he dado cuenta que, en esta situación mía, no vale la pena hablar.

Sólo cuando termina de comprobar la pulsación de Illya tras el suministro de morfina, Hestia se enfrenta al rostro trastornado de Ruptus. Descubre sin asombro que no le produce compasión ni ganas de seguir oyéndolo.

–Les salió bien. –Anuncia la mujer con calma. Y después, meciéndose el cabello, agregó con insondable dulzura. –El herrero hizo un buen trabajo.

Ruptus se pone de pie y la sigue hasta el dormitorio. De repente la siente completamente humana, femenina, mujer. Pero inasible, como si sólo tuviera su imagen sobre una pantalla. Hestia saca de su ropero una bolsa con monedas. Lo junta con otra que extrae de debajo de su vestido. Cuenta el total. Separa tres cuartas partes. Lo demás vuelve a dejarlo en su escondite.

–La mitad de esto es del herrero. –Anuncia. –El resto se le entrega cuando venga aquí a pedirme disculpas por lo que hizo su hermano.

–Dudo que venga. –Dice Ruptus despectivamente.

–Vendrá.

–Pero si no viene…

–Me quedo con la mitad de sus ganancias.

Busca sus zapatos nuevos detrás de su catre. Vuelve al armario por una caja de cartón, limpia la suela con un trapo y mete los zapatos en la caja. El viejo coloso observa toda la operación sin moverse.

–Lamento haberlos aceptado. –Dice.

–No creo que los quiera de regreso. –Replica Ruptus.

–No tengo el corazón para tirarlos. –Hestia pone cara triste. –Sólo los usé una vez.

–Los hombres no entendemos de esas cosas. –Dice el coloso.

–Tienen que entender.

– ¿Y si no entendemos?

–Eso explicaría por qué estamos en el universo.

Con aquel humor de mil rayos, regresa a la taberna por Agstn. Se ha quedado dormido frente a la pantalla en negro del aparato. Empuja la silla de regreso al hogar y se deja caer en su catre. Pero de nuevo no puede dormir. Escucha la alarma de clausura y luego la alarma despertador. La pedregosa respiración de Agstn se hace angustiosa con el aire gélido de la madrugada. Hestia todavía tiene los ojos abiertos cuando escucha la voz del coloso a su espalda.

–Sigue despierta.

–Sí. –Dice Hestia maquinalmente. –Y no estoy para recibir visitas…

–Mejor. –Replica Ruptus. –Así tenemos un tiempo para nosotros…

– ¿Nosotros? –Hestia apenas tiene tiempo para girarse.

El aire se vuelve viscoso en un parpadeo y luego una humedad helada ascendiente. Hestia vuelve a reconocer el impulso salvaje que cubre la mitad de su rostro con una mano, impidiéndole gritar además de respirar. Cuando los cuerpos se separan no siente cansancio alguno, todo el esfuerzo lo ha hecho el otro. Se tira despreocupadamente sobre el catre de su querido. Agstn no se ha movido de su siesta.

– ¿Estás ofendida? –Pregunta Ruptus.

–Sí.

El añejo coloso se alisa su barba pensativamente.

–No estamos en condiciones de haberlo hecho. –Dijo. –Pero dada la situación y que ya nada más importa…

–Está equivocadísimo. –Dice Hestia de modo cortante frunciendo su rostro. –Esto no hace más que ponerlo al nivel de los demás.

–No me importa. No soy mejor que nadie. –Ruptus estira su cuerpo y el catre rechina.

–Ya lo sabía. No necesitaba demostraciones.

Ruptus sonríe:

–Pero yo sí.

Hestia hace un silencio. No vale la pena discutir con aquella bestia. Cuando vuelve a hablar, lentamente, siente que el tiempo no ha transcurrido:

–La compasión hacia una forma de vida completamente distinta a nuestra naturaleza puede llegar a redimir nuestros errores. Una acción así es la única manera de establecer un vínculo sólido con un pasado que nos resulta un poco más desconocido a medida que nos perdemos en estas alturas de miseria y concreto.

El viejo coloso no dice nada. Seguidamente, Hestia oye el silbido de sus pulmones mientras ronca. Yuxtapuesto a los ronquidos de Agstn emulan un antiguo ritmo tribal. La música espontánea se quiebra con chillidos equinos del cuarto contiguo. La realidad irrumpe en los tres. Agstn da un salto en su silla, Ruptus se levanta del catre de un salto y Hestia permanece inmóvil confundiendo el alboroto con la alarma despertador o la de clausura.

Se levanta impenetrable. Se abre paso entre los dos hombres y se arrodilla delante de Illya. De su vestido extrae un kit de inyectables y aplica una dosis a Illya. La pequeña unicornio siente la anestesia apaciguar su dolor y una vez más entra en sopor. Hestia gira su cabeza hacia los hombres y observa a Agstn mirando con

reprobación al viejo Ruptus mientras improvisa un desayuno: tres tazas de café negro acompañadas de un pedazo de queso y pan que el coloso extrae de sus bolsillos.

–Hora del desayuno. –Dice Ruptus con una sonrisa ofreciendo a sus huéspedes forzados.

–No desayunamos. Gracias. –Anuncia Agstn con fastidio.

El coloso se encoge de hombros y se bebe las tres tazas de un solo trago. Larga un eructo ruidoso y las paredes del cuarto tiemblan. Camina despacio hasta el patio y se queda allí, de pie.

Hestia observa entonces que Agstn está haciendo fuerza para no llorar. Esta certidumbre la incomoda. Conoce el carácter de su querido, naturalmente duro, y endurecido todavía más por sesenta años de amargura. Había sido huérfano a muy temprana edad y nada parecía lastimarlo realmente.

Hestia fija en sus ojos una mirada de reproche. Agstn se muerde el labio. Con el dorso de la mano se seca los párpados y agacha la cabeza.

–No puedo hacer nada. –Dice.

Hestia no pronuncia palabra.

– ¡Y todo por tus caprichos, tu terquedad y desconsideración! –Estalló Agstn. Cruzó los brazos sobre el pecho para reforzar su enojo. –Toda una vida huyendo hacia arriba para que ahora resulte que no podamos movernos de este piso.

–No es culpa nuestra. –Dice Hestia sin mostrar mayor preocupación.

– ¿Y entonces de quién? –Agstn habla en un tono angustiado. –Debiste dejarme morir. O pedirle al monstruo que termine su trabajo.

Hestia guarda silencio mientras sigue con la vista el índice de su querido señalando la silueta del coloso en el patio interno.

–Si le hubieses seguido a él desde el principio, al menos no estarías aquí.

Pero estas palabras no guardan sentido alguno para Hestia. No mucho después, en el mismo silencio, recoge a Illya y vuelve a la taberna. Al combate. Horas después regresa con la alegría de la victoria en el rostro, pero encuentra a Agstn al borde la crisis. Paseándose a lo largo del pasillo, el cabello revuelto y la mirada desencajada, intentaba ponerse en pie gritándole a sus extremidades inferiores:

– ¡Malditas piernas!

Hestia intenta calmarlo pero él no la oye. Insiste y el revuelo atrae a curiosos de cuartos vecinos. Un grupo comienza a hacer apuestas. Hestia hace una mueca de fastidio y entra en el hogar, dejando la puerta abierta para cuando su querido

decidiese darse por vencido. Esto ocurre unas horas después, cuando Agstn ya no tiene aire en los pulmones ni esperanza. Arrima su silla al lado de su catre y se lanza riesgosamente. Una de sus piernas queda colgando y no consigue elevar su torso para acomodarla. Maldice de nuevo su suerte hasta que suena la alarma de clausura. Poco después se queda dormido. Entonces, Hestia se arrima a apagar la lámpara. Pero Agstn habla dormido.

–No quiero morir en tinieblas. –Dice.

Hestia deja la lámpara en el suelo. Empieza a sentir el agotamiento de un día en que las cosas han ocurrido demasiado deprisa. Con deseos de olvidarse de todo y dormir de un tirón cuarenta y siete años y despertar en un mundo horizontal, sin riesgos de combate ni apuestas, le desagrada la desesperación que transmite su querido. Acaso la angustia también le corroerá el sueño. Si es que acaso Hestia pudiese dormir.

–Nadie morirá. –Murmura Hestia para sí misma. –Todos vienen a morir aquí pero eso nunca ocurre. He visto a un anciano que creí muerto.

Agstn no replica nada pues duerme. Para bromear, Hestia pregunta en voz alta:

– ¿Estás dormido?

En sueños, Agstn responde:

–Sí.

Hestia prosigue hablando en un tono liso, suave, implacable.

–Illya misma no murió, sino que sufrió una transformación. Algo más cruel que la muerte, desde luego. Pero siempre es cruel el seguir con vida.

Los ronquidos de Agstn se vieron interrumpidos por una tos que no alcanzó a despertarlo.

–También tu cuerpo se recuperó de un modo milagroso. De verdad, por un instante, creí que te perdería. –Hestia se voltea para intentar de observar a su querido, sumido en el sueño. –Si tuviese que andar por acá sola no tardaría en perderme. Todos quieren aplastarse las cabezas los unos a los otros para ascender sin saber el por qué. Ni siquiera sabemos si hay algo allá arriba más que concreto. Y los esclabañiles continúan edificando.

Y como queriendo enfatizar estas palabras, la alarma de derrumbe suena como nunca antes. Seis pitidos largos que despiertan a todo el mundo. La señal de un derrumbe inminente.

Hestia da un salto y queda de pie al lado de su catre, mientras las paredes tiemblan y el griterío confuso de fiesta y algarabía del exterior es suplantado por chillidos de alerta y alaridos de terror. Despierta a Agstn de un sacudón que, entre dormido, hace muy poco por ayudar a su querida para colocarlo en su silla. Se deja asir con peso muerto y en la frente de Hestia se hincha una vena mientras lo deposita en su lugar. Con el dorso de la mano seca el sudor de su frente y empuja la silla fuera. Agstn bosteza restándole importancia al asunto.

En el cuarto principal, Hestia no encuentra a Illya por ninguna parte. Su plato de alfalfa está lleno y cubierto de cal que se desprende del techo. No tienen mucho tiempo más. Rabiosa, Hestia deja escapar un grito y hecha una mirada furtiva al patio pero no consigue ubicar a Ruptus. Se lo imagina seguro, ya en pos del resguardo que precisa un cobarde de apariencia gargantuesca. Hay rupias al costado de la puerta, las que había dejado para el herrero y otras más que antes no estaban allí. Intenta juntar algunas pero muchas acaban rodando por el suelo. Hestia siente un fluir de lágrimas de enojo que ya no puede contener:

–Ya está. –Se lamenta mientras vuelve a empujar la silla de Agstn. –Sin Illya nunca tendremos el milagro que necesitamos.

Su querido la escucha en silencio, sin nada que acotar. Piensa que, quizás, esa esperanza nunca estuvo a disposición de ninguno de ellos; pero expresar una idea así en un momento tan apremiante sólo causaría más derrumbes.

–No te preocupes. –Dice Agstn levantando su voz mientras alcanzan el pasillo atiborrado de cuerpos que van y vienen. –Ahora tenemos que intentar sobrevivir.

Los arrastra la turba con furia en una dirección que no pueden precisar. La silla de Agstn avanza por los mismos empujones de la gente. Hestia se mueve a su lado sacudida como un banderín, aferrada a uno de los mangos. Una voz jovial que Hestia reconoce de inmediato coordina las ideas de la gente desesperada.

– ¡Señores! ¡Tratemos de descender!

La idea dibuja una sonrisa de ironía en el rostro de Hestia.